REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXV | San José, Costa Rica | 1932 | Sábado 26 Noviembre | Núm. 20

Año XIV. No. 612

SUMARIO

RINCONES DE LONDRES

La casa de Carlyle en Cheyne Row

= De *La Nación*, Buenos Aires =

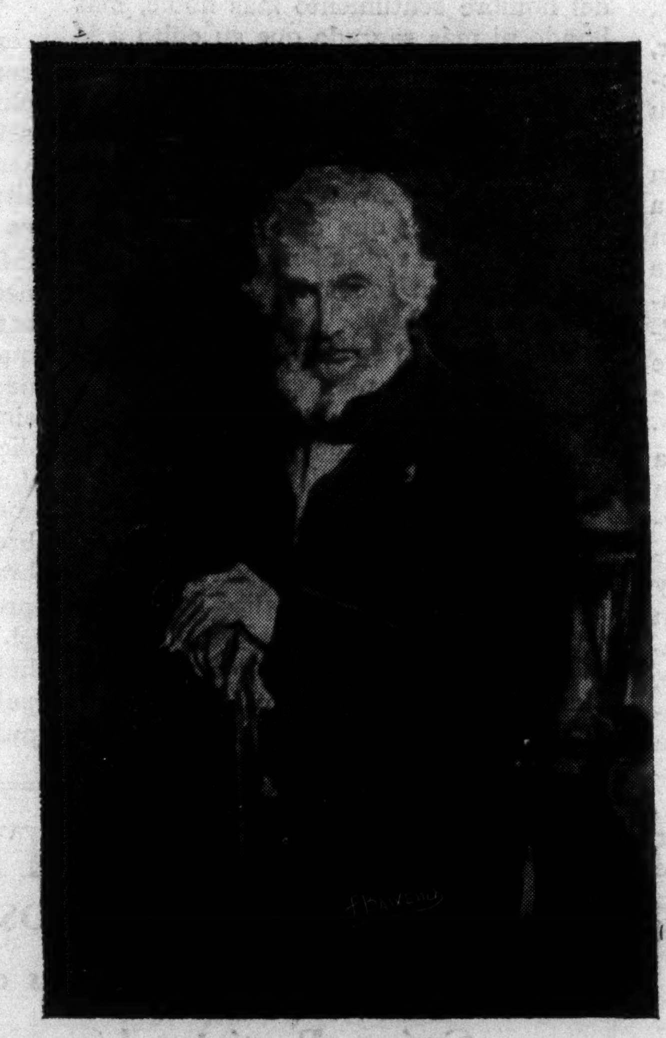
Es una casa londinense común, estrecha, cocina en el subsuelo, jardín en el fondo y tres pisos, cada uno de tres habitaciones, en la que habitó el gran idealista desde 1834 hasta el día de su muerte, es decir, durante casi cincuenta años, los más fecundos de su larga vida.

Al llegar de Escocia, después de detenidas rebuscas por todo Londres, Carlyle y su mujer prefirieron esta casa en el tranquilo Chelsea, que era entonces—"cuando Inglaterra era un país extranjero para un escocés" por falta de comunicaciones rápidas—el extremo oeste de Londres, a dos millas de Piccadilly y cinco de las fábricas del Este, cuyo humo rara vez llegaba hasta aquel sitio.

Desde las ventanas posteriores de la casa, que dan sobre el lindo jardín tapiado, Carlyle solía contemplar, mientras divagaba o pensaba, las distantes nubes de humo, entre las que sólo emergían la abadía de Westminster y la dorada cúpula de San Pablo, a menos que un fuerte viento corriera las nubes, descubriendo fantasmas de agujas, torres, cúspides, cúpulas y capiteles de la gran ciudad.

Cerca de la casa, hacia la derecha y próxima al río, se levanta la iglesia de San Lucas, que, entre otros, conserva un monumento a Tomás Moro, el canciller que pagó con la vida la inflexibilidad de su conciencia religiosa, y otro a Juan Cavalier, el jefe francés de los camisardos, figuras ambas que debió contemplar con simpatía nuestro austero filósofo si acaso entró con frecuencia en la vieja iglesia de Chelsea.

A la derecha de San Lucas se levanta el puente de peaje de Battersea, construído en madera, que, mediante pago de medio penique, cruzaba diariamente Carlyle, a pie o a caballo, para pasear a través de los verdes oteros y alcores arbolados, y entre los pintorescos villorrios de Surrey. Hoy Chelsea es uno de los más poblados y hermosos barrios del sudoeste de Londres.



Tomás Carlyle

Por Sir *John Millais*

En esta casa de Chelsea, Carlyle terminó su "Sartor Resartus", único libro de metafísica que se puede leer como una novela, que se publicó por vez primera en Fraser's Magazine, en agosto de 1834; y escribió su fulgurante historia de la Revolución Francesa, publicada en Londres el 1º de junio de 1837; "Cartismo", publicado en diciembre de 1839; sus conferencias sobre los héroes, que le produjeron 200 guineas, publicadas en abril de 1841; "Pasado y Presente", por el que se le pagó 200 libras, aparecido en abril de 1843; "Doctor Francia", para la 'Foreign Quarterly Review", junio de 1843; "Cromwell", que apareció en noviembre de 1845; "Vida de Sterling", en noviembre de 1851; los dos primeros volúmenes de "Federico el Grande", octubre de 1858, por los que recibió 2.800 libras, edición de 5.000 ejemplares (3er. vol. mayo de 1862; 4º, febrero de 1864; 5º y 6º vols., marzo de 1865); en el otoño de 1868 "Library Edition" de todas sus obras; "Primitivos reyes de Noruega", publicados en marzo de 1875 en Fraser's Magazine, y en mayo del mismo año "Retratos de Knox", en la misma publicación. El 4 de diciembre de 1875 celebró el 80º aniversario de su nacimiento; en enero de 1881 dió su último paseo en coche; murió a las 8½ de la mañana del 5 de febrero de 1881.

Desde que se abrió la casa de Carlyle al público, el 26 de julio de 1895, hasta el 31 de diciembre de 1925, es decir, en un período de 31 años, la han visitado 83.235 personas, 2.685 por año, de siete a ocho por día. Han acudido de muchas partes del mundo, principalmente de todas las partes del Imperio británico, que da el 44% de los visitantes, mientras que los Estados Unidos, patria de Emerson, da el 30%.

Es de señalar que el año 1925 sólo tuvo 4.283 visitantes, y la amable guía de la casa Miss Myra, de negra melenita y de claros ojos azules, muy sonriente me informa de que esas cifras han sido muy superadas en los últimos años. Pero no puede darme los datos exactos.

Se ha dicho, en efecto, que "el culto de Carlyle" se ha acrecentado con ocasión de la crisis moral (más que económica) en que el mundo se debate desde el fin de la guerra, crisis que el mismo Carlyle previó en cierta manera, y se han establecido relaciones curiosas: numerosas traducciones de páginas escogidas de Carlyle acompañaron el advenimiento del fascismo al gobierno de Italia; que el "Apple Cart", de Shaw, ha predicado a Inglaterra "a la manera del "Federico el Grande", la parábola de un rey patriota que le salve de sus gobernantes eleccionarios; que Alemania se ha reconfor-

tado de la terrible depresión causada por las ruinas de la guerra, el pago de las reparaciones y la inestabilidad política, leyendo páginas escogidas de Carlyle, que, a partir de 1926, se han vendido en Alemania por encima de 300.000 ejemplares.

Si hay alguna verdad en estas correlaciones, es muy difícil en todo caso establecer su naturaleza, porque, habiendo leído y releído desde mi juventud las principales obras de Carlyle, no podría decir en cuáles de ellas se inspiran los movimientos de reacción política que hoy dominan aparentemente, en algunas partes de Europa. El genio, las obras y las ideas de Carlyle son muy difíciles de apreciar con objetividad, ni son de una índole como para interesar a las multitudes. Su estilo, juzgado por muchos como una sublime poesía y considerado por otros tantos "difícil y huidizo como el diablo hasta la morbosidad", revela la indocilidad de su genio, que no dejó sin afollar, chafar, herir o escarnecer cuanta escuela, doctrina, partido o secta encontró en su batalla a través de la vida.

Carlyle aparece, realmente, como un fulgurante meteoro caído de otro planeta en medio de siglo xix inglés. Nacido en el siglo xvii, por así decir, en razón de haber pasado su niñez y su primera juventud en el ambiente estrechamente calvinista de Lowlands (Escocia), pasó de golpe al siglo xviii y "a la cultura de Voltaire", mitigada por un discreto liberalismo (whiggery), cuando ingresó a la Universidad de Edimburgo. Sufrió en este momento la crisis total del "¡Inmortal No!" recordado en "Sartor Resartus", transitorio período de negación y desesperación que dejó, sin embargo, en su espíritu, profundo y apasionado, huellas hondas manifestadas en el constante, agrio, áspero desprecio que demostró hacia todas las religiones reveladas, hacia todos los dogmas invariables, hacia todas las instituciones ideológicas.

Esta crisis le preparó a simpatizar con su gran héroe, Federico el Grande "el volteriano en acción", cuando puso manos a la obra de su gran epopeya del siglo xviii.

Y, por último, entró en contacto directo con su siglo, es decir, con el xix, cuando se apasionó por el movimiento romántico y sus grandes figuras, cuyo idealismo filosófico dió, en cierta medida, fundamento intelectual a su congénito e inextinguible misticismo, rasgo esencial de su espíritu trascendentalista.

Este natural trascendentalismo romántico de su genio explica también el fenómeno, aparentemente contradictorio, que movimientos fustigados y hasta zaheridos por él, como el del socialismo cristiano o el de la iglesia liberal, y hasta el de los tractarianos (es decir, el suscitado por la publicación de los Opúsculos de Oxford, de 1833 al 41, de cinco autores: Pusey, Newman, Keble, Hurell Froude e Isaac Williams, en los que se afirmaba la autoridad y la dignidad de la iglesia anglicana), aparezcan como inspirados en sus prédicas, investigaciones, comprobaciones o predicciones ya de su "Cartismo", de su "Pasado y Presente" o de algunos otros de sus libros.

En el concepto de algunos biógrafos, su "mensaje" quedó enteramente expresado en la publicación de "Cromwell" en 1845. Es posible; pero repito que es difícil definir objetivamente ese "mensaje". ¿Reacción contra el mercantilismo, contra el parlamentarismo, contra la democracia, que en aquel entonces contaban sus grandes días de éxito? Aceptémoslo así, aunque este "mensaje" difícilmente pudo ser comprendido cuando él lo pronunció. Hay en ese mensaje un tono predominante que habla más al sentimiento que al entendimiento, y en ese tono, a mi parecer, la nota fundamental fué el culto de lo heroico en la historia gracias al cual, prenda de nuestra estirpe, el hombre ha salido de la animalidad y aspira aún a más altos, aunque misteriosos destinos. "No hay en el corazón del hombre sentimiento más noble, más hondo ni más sagrado que su culto a lo heroico, fundamento de toda verdadera religión". ¿Puede ofrecerse nada más contrario a lo que siente y piensa nuestra época? ¿Existe hoy en Europa un artista, un escritor, un hombre en cualquier actividad, que ame realmente la "gloria" con el sentimiento exclusivo con que la amaron todos los grandes creadores pasados?

Vivimos en la época final de las grandes democracias, pero en la lucha entre lo real y lo ideal, cuyas peripecias constituyen la historia de la raza humana, las actuales democracias han ido acelerando su caída, circunscribiendo sus agitaciones a los más mezquinos intereses.

Carlyle lo había previsto: treinta años después, Nietzsche puntualizó las etapas de esa caída, y hasta precisó los síntomas de la enfermedad, de la gangrena de las democracias actuales: la política convertida en una lucrativa profesión.

Después de la Revolución Francesa, el advenimiento de la burguesía ha provocado, sobre todo en las grandes capitales—paralelamente a un crecimiento vertiginoso de la población del mundo—, una mezcla de castas y de clases, originando una anarquía general, un entrevero de la sangre de todas las "clases", una confusión social en la que todo se ha encanallado al arrancar a los pueblos de sus normas tradicionales, de sus zonas propicias, de sus raíces, de su suelo y sobre todo, de la estructura jerarquizada en que siempre vivieron, para dar lugar, en cambio, a una selección al revés de mediocridades, de una raza de animales gregarios laboriosos, sumisos, dóciles, pero, eso sí, sumamente lenguaraces y charlatanes, débiles de voluntad a pesar de su gran saber técnico, y que reclaman una mano fuerte como piden su pan cotidiano.

Estas cataratas de multitudes caídas con el último siglo sobre la historia, han conmovido y resquebrajado las instituciones tradicionales. Europa ha gastado así sus instituciones, y su tragedia presente consiste en que no sabe darse instituciones nuevas. En las instituciones, es decir, en lo permanente que tiende su influencia bienhechora sobre largos espacios de tiempo por venir, los hombres actuales odian lo "institucional" y desde que oyen pronunciar la palabra "autoridad" se creen esclavos. Sin embargo, sin "autoridad" (y quien dice autoridad dice fuerza) es el fin; y es "el fin" sin duda (dice Nietzsche), lo que los políticos de las actuales democracias (hombres cuya mediocridad pasma y asombra) quieren de instinto o en todo caso preparan, cuando para perpetuarse en el poder, estos histriones vociferantes halagan al populacho, trabajan con el populacho, se ven forzados a tener al populacho de su lado, se hacen los heraldos

de los sentimientos vindicativos y rencorosos que entusiasman a las multitudes. Pero el papel de la multitud, de la masa, como hoy se dice, no es gobernar, porque la masa sólo sabe destruir. No sabe reconstruir. Por esto la masa no podrá hacer su propia salvación. En esta encrucijada vivimos. Carlyle la previó. Nietzsche, repito, la describió en todas sus fases.

Carlyle temía, como Nietzsche, que la desaparición de las últimas aristocracias de Europa bastara para provocar la última convulsión en la que nuestra civilización perecería, así como el mundo, según la astrología cristiana, se aniquilará en una última conflagración.

¡Qué ridícula falta de sentido el proponer medidas para impedir la revolución social! ¿No se ve que vivimos ya a medias en plena revolución social? Con su prédica de "un reino en que los últimos serán los primeros", el cristianismo ha enseñado siempre la revolución social. Este ha sido el secreto sentido de la historia.

Viene el reino de la multitud. Ya estamos en él. La necesidad de un bienestar monótono y torpe gobierna a la masa. Ha llegado la hora en que el hombre gregario debe reinar solo. La Europa se parecerá pronto a una China mejor organizada, pero igualmente estancada. Costará mucha sangre todavía, pero "día llegará en que no habrá ya pastores, sino un inmenso rebaño de hombres pigmeos". La república social y el verdadero cristianismo al fin se habrán establecido. Rousseau tuvo razón.

Esta solución repugnaba a Carlyle, como repugnaba a Nietzsche. No creyeron que el destino de la raza humana fuera convertirse en abejas, en hormigas o en castores. El verdadero sentido de la naturaleza y de la historia lo da el culto del héroe y de lo heroico, porque nuestro fin es procrear seres superiores a nosotros mismos, lo que en todo caso quiere decir seres más libres.

Carlyle, como Nietzsche, admiraba a Voltaire, y por los mismos motivos. Voltaire fué el último gran aristócrata del espíritu. El estado de naturaleza le inspiraba espanto. Al revés de Rousseau y de nuestros demócratas, consideraba al hombre como un animal feroz que la civilización ha domado milagrosamente, y a la vez sentía toda la fragilidad de esta civilización, cuya dulzura refinada sabía apreciar y gozar. Voltaire representaba para Carlyle el siglo xvii francés, es decir, el siglo de la voluntad fuerte, pero contenida; de la pasión, también, pero refrenada por la razón. Epoca admirable que duró más o menos hasta 1760. Vino después el paulatino desencadenamiento de los instintos plebeyos. ¿Adónde iremos a parar?

Ya lo alcanzaron a sentir Nietzsche como Carlyle: trastrocamiento de todos los principios y de todas las jerarquías, intervención de todos los papeles, turbación de las conciencias, quebrantamiento de todas las rectas voluntades, los hombres de corazón perdidos y dispersados en el torbellino que todo lo revuelve, y en quienes esto ven y esto observan, la desesperación de vivir en uno de esos períodos violentos en que el destino aniquila una época para preparar confusamente otra.

Así, los buenos lectores de Carlyle, como los de Nietzsche (genios tan similares y coincidentes en tantos puntos), perciben sobre el tono heroico y arrebatado de casi todas sus páginas, el sentimiento nostálgico, de una nostalgia incurable, de los buenos tiempos que se vivieron y que no han de volver.

Mariano Antonio Barrenechea
Londres, setiembre de 1932.

Estampas

Lo que la milicia yanqui ha dejado en Nicaragua...

La paz que ha traído la intervención

= Colaboración directa =

Cuando se marchen de Nicaragua los marinos yanquis que la intervienen hace seis años (1926-1932) dejarán en pie de combate un ejército de tres mil hombres. Es un ejército de pura factura norteamericana. Se llama "Guardia Nacional de Nicaragua". El nombre no sugiere las unidades que lo forman. Cree el que lo oye que se trata de un pequeño reclutamiento encargado del orden.

No concibe el Departamento de Estado organizaciones endebles. Son hechas para dominar y tienen fiereza. A Nicaragua había que imponerle paz. Estaba revuelta en 1926 porque unos hombres inconformes se lanzaron a la revolución para quitarle el mando al ambicioso que lo tenía usurpado. El Departamento de Estado llegó con sus marinos, desarmó a los insurrectos, dió el poder a quien quiso y continuó protegiendo la paz que había impuesto. Trabajo grande el de guardar una paz que se da a un pueblo sin tener presente sus intereses hondos, sino las conveniencias políticas del poder que la impone. Es cierto que la marinería reposa sobre lava, pero no porque en Nicaragua se hayan vuelto lenguas fatídicas las pasiones, puede el yanqui volverse amo. Su ambición es de sojuzgar. Por eso intervino a Nicaragua y organizó la "Guardia Nacional".

El Departamento de Estado ha querido hacer con el nicaragüense militarizado un individuo ajeno a las luchas políticas de su nación. Parece cosa saludable. En apariencia resulta un servicio inestimable la disciplina de un ejército indiferente a todo halago de partido. Sin embargo, lo que la milicia yanqui ha dado a Nicaragua no es gente con un sentido profundo de lo que vale una patria limpia de vilezas que la pudran. Ha formado descastados. Para inmunizarlos contra la tentación de la política los obliga a dar juramento. Es decir, les impone el espíritu del soldado de ocupación. Y es natural que el nicaragüense que ingrese a la "Guardia Nacional" tenga que desentenderse de las atracciones del medio. La "Guardia" considera a Nicaragua como una factoría. Los nacionales que la sirvan deben descastarse.

El concepto de factoría aparece claro de esta cláusula de las leyes que estructuran la "Guardia": "La Guardia Nacional de Nicaragua será considerada como la única fuerza militar y de policía de la república, investida de plenos poderes para preservar la paz doméstica y la seguridad de los derechos individuales. Tendrá el control de las armas y municiones y la supervigilancia a través de la república. Tendrá el control de todas las fortificaciones, barracas, edificios, campos, prisiones, penitenciarías, barcos y demás propiedades del gobierno que anteriormente le estuvieron asignadas bajo el control del ejército, de la marina y las fuerzas de policía de la república". Es el resumen total de la soberanía de una nación. Fundada la "Guardia" mediante el tratado que en 1927 impuso el Departamento de Estado al gobierno nicaragüense, quedó bajo el control de la marinería de ocupación. Por eso se le dieron todos los poderes que hicieran de ella una fuerza independiente del engranaje administrativo y político de Nica-

ragua. La tomaba en sus manos un coronel, Elías R. Beadle, y todos los jefes y soldados eran también yanquis. El nativo fué teniendo entrada, pero previamente se le disciplinaba traduciéndole textos del inglés. Se le hacía vivir con el yanqui, obedeciendo sus órdenes, siguiéndolo con mansedumbre de siervo. La prueba ha sido humillante en esa academia militar. De ella han salido tres mil nicaragüenses descastados que ven en su nación únicamente la factoría que no puede tener trastornos para que el amo no padezca pérdidas.

Le deja, pues, ese problema de un ejército descastado. Pero también le deja el inmenso problema económico. La "Guardia Nacional" consume un millón cien mil dólares anuales de las entradas del tesoro nicaragüense. Una cifra terrible para un país sumido en la ignorancia y en el atraso. El ejército de tres mil hombres que el Departamento de Estado va a dejarle a Nicaragua al retirar sus milicias le devora sumas pavorosas. Esta es la paz que ha traído la intervención. Paz turbulenta. En ella creerán los bobos. Pero los que estudien la "Guardia Nacional" y quieran darse cuenta de lo qué es y de lo qué consume, no pueden alegrarse de la mentira blanca que cubre a un pueblo humillado. Seis años de ocupación, no para educar al nicaragüense respetándole sus aspiraciones. Seis años de intervención para crear un cuerpo militar con fuerza sojuzgadora. Al cabo de ellos anuncia el Departamento de Estado que ha terminado su tarea. Y espera ser aplaudido por civilizador, por abnegado. Mas, no nos sumemos a los que así prodigan la admiración. Veamos qué ha hecho desde su fundación la "Guardia Nacional" Si resulta superior su tarea, no le neguemos vehemencia al reconocimiento. Si es infame el balance final, condenémosla y digamos que el organismo que la fundó hizo mal profundo a un pueblo. Es posible que un gran sector de la población nicaragüense tenga como uno de los grandes beneficios de la intervención la maquinaria de la "Guardia". Nuestras reflexiones no sufren desánimo por un suceso natural. Aquel pueblo no tiene conciencia del significado de una lucha emprendida por un hombre de grandeza heroica. No saben los que celebran la creación yanqui de un ejército descastado, el sentido que ha dado a la libertad de nuestros pueblos Sandino el rebelde.

El Departamento de Estado sabe lo que representa en contra de su política imperialista la negativa de Sandino a pacificarse. La "Guardia Nacional" fué creada para perseguirlo y exterminarlo. Por esto se concentraron en ella todos los poderes de defensa y de ataque de Nicaragua. Lo buscaron en sus montañas de combate y él los buscó para hacerlos morder un freno duro. El yanqui teme a Sandino y por lo mismo trata de menospreciarlo. Editoriales de periódicos norteamericanos que tenemos a la vista aprovechan la reciente elección de Sacasa para morder a Sandino. Lo pintan como a un desgraciado que, sin la aventura revolucionaria, del ahora presidente electo, "sería un minero o un labrador". No es nada de esto, sino un aventurero refugiado en la manigua impenetrable. Ni el esfuerzo formidable de un ejército mitad yanqui y mitad nicaragüense ha podido exterminar al aventurero.

Para el Departamento de Estado, la ocupación militar de 1926 formó un triángulo cuyas esquinas se llaman Moncada, Sacasa, Sandino. Dos esquinas han desaparecido. Queda la tercera contra la cual está en pie la "Guardia Nacional". La misma prensa norteamericana exalta el hecho curioso de que el Departamento hiciera llegar sus marinos a combatir a los "rojos" y a los "comunistas" Moncada y Sacasa, y luego les extendiera su protección. Supervigiló el Departamento elecciones para que los dos lados del triángulo de 1926 obtuvieran cociente electoral presidencial.

A esa prensa burlona hay que decir que el Departamento de Estado no tiene más preocupación con estas naciones que la de la expansión. Son factorías. Para cuidar la factoría las ocupa y asegura el dominio por medio de guardias metidas en una militarización descastada. ¿Qué importa al Departamento un hombre u otro si ninguno de los dos va a reñir con sus procedimientos de conquista? Pudo considerar a ciertos hombres teñidos de ideas agresivas, pero los atrajo y les dió mando. Con el mando sosegaron la ambición y pasaron a ser servidores suyos intachables. Lo que hagan con la nación no le importa al Departamento de Estado. Sólo tienen que caminar bien con él y no desentonar nunca.

No se sorprenda esa prensa norteamericana de la conducta de su Gobierno. No se sorprenda tampoco de la domesticidad en que vienen a caer ciertos hombres de la América acechada por el imperialismo norteamericano. Las actitudes rebeldes no van sirviendo sino de atracción para el ofrecimiento. Pero no espere que Sandino caiga en la postración cívica en que ve a ciertos luchadores de ocasión. Nos parece que en este rebelde hay cierta inspiración grande que no baja a vida de traficante. El Departamento de Estado pone tras él un aparato destructor formado por tres mil milicianos. Quiere infundirle espanto ya que no lo atrajo mediante el halago del mando. Sin embargo, Sandino no se pone nervioso. La "Guardia" es humillante para Nicaragua y el rebelde le da trato severo. Aspira a conquistar un puesto de honor que no puede dar el Departamento de Estado.

En esa conquista heroica vemos a Sandino y cuando la prensa norteamericana profetiza que elecciones supervigiladas por el Departamento darán al rebelde una presidencia que él no parece ambicionar, nos llenamos del anhelo grande de que esa predicción tenga que resultar una vileza para bien de la libertad de la América nuestra.

Juan del Camino

Costa Rica y noviembre de 1932.

Romances de Luis Cané

= Del precioso librito *Romancero de niñas* (1927-1932). Buenos Aires. 1932 =

ROMANCE DE LA NIÑA CAPRICHOSA

Ayer, en secreto,
me dijo tu madre
con mucho misterio,
la voz vacilante:
—"Yo no sé qué tiene
que no habla con nadie.
Desde hace unos días,
al caer la tarde,
se encierra en su cuarto
y no hay quien la saque...

Yo no sé qué tiene...
Ahora mismo, sabe
que estás de visita
y ya ves: no sale;
ella, la primera
siempre, en saludarte.
De noche, dormida,
la oigo quejarse,
y yo.. francamente...
Qué Dios me la guarde!..."

Quebróse en sollozos
la voz de tu madre;
sentí el alma llena
de un goce inefable,
y, por decir algo,
murmuré:—Quién sabe...

Envío:

(Hoy, anochecido,
rondaré tu calle).

ROMANCE DE LA NIÑA ENAMORADA

—Desde que quieres a ese hombre,
tus palabras son el eco
de sus engañosas frases
que están vibrando en tu pecho.

—Desde que le quiero, madre,
mi vida es un dulce sueño.

—Como en palabras sagradas
crees en sus juramentos,
sin ver que en cada promesa
está el demonio en acecho.

—Déjeme tranquila, madre;
que si de amarle padezco,
no hacen falta sus reproches
para acrecentar mi duelo.

—Si de tanto amarle sufres,
hija, tu amor no comprendo;
que en mis tiempos de muchacha
no era el amor tan complejo.

—Usted no lo habrá sentido,
madre, como yo lo siento;
que el dolor de los amantes
es dolor de todo tiempo.

—Cuando más quiero entenderte,
tu inquietud comprendo menos;
echas el alma en suspiros,
duermes en lecho de fuego,
y tanto ríes o cantas
como lloras en silencio.

—Cada minuto que pasa
mi amor parece más nuevo
y yo me siento más bella
para darle más contento;
que alegre estoy de ser casta,
de los veinte años que tengo
y de que amor tan profundo
se albergue en tan lindo cuerpo.

—¡Ay, hija; qué poco valen
a tu pasión mis consejos!...

(Pero la niña no atiende
más que a su encendido anhelo;
que la razón es poca agua
cuando es de amor tanto fuego).

ROMANCE DEL CAMINO DE MI INFANCIA

Dicha de cerrar los ojos
y recordar el camino
lejano,—como en un sueño,—
que recorrí siendo niño.

Mi infancia no fué dichosa,
pero tuvo aquel camino:
corto para mis carreras,
largo para mi silbido,
húmedo y gris en invierno,
azul y ardiente en estío.

Ibame por él, cantando,
como al andar canta el río;
acá trepábame a un árbol
para reparar un nido
y allá cortaba una rama
que, asegurándola al cinto,
sería el arma hazañosa
para vencer los peligros
creados por mis temores
en mi corazón de niño.

Lo bueno que hay en mi vida
lo tengo de aquel camino:
sueños de largas andanzas
por rumbos desconocidos,
mi estímulo a los que parten,
mi esperanza en lo imprevisto,
mi resignación callada
para acatar el destino.

Por eso cuando la vida
me pone torvo y sombrío,
cierro los ojos cansados
y recuerdo aquel camino.
En él recorro mi infancia;
oigo mi propio silbido
que despierta muchas cosas
dormidas en el olvido,
y haciendo saltar del alma
la herrumbre del pesimismo
vuelvo a comprender la vida
con mi corazón de niño.

ROMANCE OBSTINADO DE LA NIÑA QUE NO TIENE VESTIDO

—Madre, mañana es el baile
y yo no tengo vestido.

Vendrán mozos de otros pueblos,
será noche de bullicio,
y yo me quedaré en casa
porque no tengo vestido...

Me pasé el año soñando
con llevar el más bonito,
y pasó el año y mi sueño
y yo no tengo vestido ..

No hay una de mis amigas
que no tenga el suyo listo,
pues no quedará una sola
sin estrenarse vestido...

Y a las que me han preguntado
de qué color será el mío:
—Blanco, como una mortaja...—
tristemente les he dicho.

Madre, mañana es el baile
y yo no tengo vestido.

ROMANCE DE LAS DOS EDADES

—Abuelo, mire los campos
cómo se han puesto de verdes!

—Apenas vuelva el invierno
ya estarán blancos de nieve

—Después de la última lluvia
el cielo está más celeste,
transitados los caminos
y mi novia más alegre.

—Deja que pasen los días
y cuando el otoño llegue
nadie irá por los caminos,
el cielo estará inclemente
y el corazón de tu novia
tendrá el frío de la muerte.

—Desde que amanece el día
hasta que la noche viene,
sueño caminos lejanos
y un inquieto afán me mueve;
y lloro cuando en la noche,
velando el campo que duerme,
oigo cantares que llaman
al amado que está ausente...
Ganas me dan de partir
adonde el azar me lleve;
recorrer tierras extrañas;
hablar lenguas diferentes;
ver acá nacer el día
y allá la tarde que muere!

—Ya me dirás cuando vuelvas
que los caminos prometen
rumbos que nunca se cumplen,
sueños que se desvanecen...
Y quiera Dios que al regreso
tu instinto el camino acierte,
que entonces no habrá caminos
en todo el campo de nieve.

—Abuelo: mire los campos
cómo se han puesto de verdes!...

EPISTOLA PRIMAVERAL A JUAN SILVA RIESTRA

Con recia voz de palpitante anhelo
Entono en este canto tu alabanza
Por dedicarte a cultivar el suelo.

Donde el nativo fía a la esperanza
Lo que la voluntad del extranjero
Con fuerza logra y con tesón alcanza.

Tu ejemplo sirva de modelo. Quiero
Para grandeza de la Patria mía
Que haya en cada abogado un chacarero.

El campo que fecunda tu energía
Celebro, en surco de terceto henchido,
Por tu tierno alfalfar para la cría;

El huerto vario, el monte florecido,
El nevado vellón de sus ovejas
Y el gallinero rico y colorido.

Zumban en los enjambres las abejas;
Pace el ganado al par que se enardece
Y aumentan las multíparas conejas.

La vida en este tiempo se enriquece. .
Libran las puercas al mediar octubre
Y la piara mamona se enfurece

Al disputar la colectiva ubre,
Mientras en confortable baño urbano
Goza el verraco que a las puercas cubre.

Ya no eres el doctor grave y galano,
Docto en defensas y en frivolidades,
Sino un labriego retozón y sano.

El campo te revela cualidades
Como el amor de las muchachas lindas
Te hizo poeta, allá, en tus mocedades...

Y así es que ofreces las primeras guindas
Al pulcro visitante ciudadano
Y con rural afecto se las brindas.

Ya por sencillo, humilde, sobrio y llano,
"Hijo", te llama la fecunda Tierra,
Y San Isidro Labrador: "hermano"...

Y truecas, con sentido que no yerra,
Las discutidas carnes de Argentina,
En oro indiscutible de Inglaterra;

Como has trocado en fácil disciplina
Tu difícil desorden enemigo;
En gesto alegre la expresión mohina;

El tribunal hostil en sol amigo;
La pluma doctoral en fuerte azada
Y la prosa forense en rubio trigo.

Que lo demás del mundo vale nada
Junto a la vida verdadera y pura,
Lejos de la mentira que es letrada.

Ya estás a un paso, pues, de tu ventura,
Y habrás de conquistar tu mejor palma,
Si al par que el campo, el corazón madura.

Tu inquieto ayer, ya es hoy serena calma;
Y así has dado a tu vida su nivel
Y saludable ocupación al alma
Que, abierta al cielo, se dilata en él.

Luis Cané



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Un benefactor de los niños: Mr. William Morris

Va con ésta un recorte de **La Nación** en el cual aparece la noticia de la muerte de Mr. Morris, inglés de origen, de alma grande y noble, cuya obra en este país se halla ahí narrada. Yo le conocí personalmente y si mal no recuerdo, hablé con usted de él en alguna oportunidad. Era evangelista, pero nunca se mostró fanático ni aun siquiera exagerado en cuanto a sus creencias Había en él un apóstol laico. Esto lo demostró en todos sus actos. Jamás preguntó a los desheredados la religión que profesaban y siempre estaba listo para llevar a ellos la instrucción y el afecto que fluía sin esfuerzo, y por consiguiente, espontánea, de su alma, sin prejuicios ni prevenciones. Como en la crónica se afirma, su presencia, donde quiera que fuera, se hacía simpática y grata y nadie negaba su óbolo a su natural y nunca exigente solicitud. Nadie hubiera osado poner en duda el destino de las sumas de dinero, por grandes que fueran, que se le entregaban, y así, con una soltura a la que nos habíamos ya acostumbrado, de tarde en tarde, solían aparecer solicitaciones por él suscritas, demandando, por ejemplo, 200.000 pesos al público, para atender, durante un invierno, a las necesidades de sus niños, esos niños que él amaba con tanta ternura y tan serenamente.

(Fragmento de carta de don Arturo Urién a Carmen Lyra. Desde Buenos Aires, Rep. Argentina).

Se ha extinguido ayer con la muerte de William C. Morris, una existencia ejemplar; se ha apagado un noble espíritu abierto a toda solicitación generosa, cuya cualidad substantiva era la vocación del bien. Era Mr. Morris, en efecto, un filántropo en la acepción más amplia y cabal de la palabra, un filántropo con mucho de apóstol, que se había entregado entero, en edad temprana, a una obra altruista ejercida con el fervor y la consagración de un verdadero sacerdocio laico. La noticia de su muerte provocará por eso un sentimiento de profunda pena al difundirse en la ciudad, en la que era popular y querida su figura inconfundible, y ese sentimiento será aún más hondo en los millares de hogares argentinos a los que espiritualmente estaba vinculado por su obra de educador. Esta tarea, efectivamente, fué la que llenó los días y los años de su vida fecunda y dilatada. Era un hombre nacido para enseñar, un forjador de conciencias, un pedagogo sin la severidad del dómine, un amigo de los niños. Había hecho del amor a la infancia norte de su vida y de su acción, y se esforzaba por ganar adeptos para su causa, sin que contrariedades ni obstáculos lograran infundirle desaliento.

Por todo ello, la obra de solidaridad social realizada por Mr. Morris a lo largo de muchos lustros ha impreso en nuestro medio profunda huella, y será siempre recordada con gratitud. Lo será, no solamente por la legión de hombres que en su infancia desvalida recibieron el beneficio de su enseñanza y de su caridad, sino también por el país de que hizo su patria de adopción, y a cuyo adelanto contribuyó de manera tan señalada.

Oriundo de Gran Bretaña—había nacido en Ely, Cambridge—llegó William C. Morris a la Argentina, junto con sus padres, en 1874, estableciéndose en Buenos Aires en 1886, luego de una prolongada permanencia en el interior. Datan de aquella época sus primeros trabajos en favor de la infancia indigente. Los inició en 1887, estableciendo en la parroquia de San Juan Evangelista una Obra Cristiana, que aun existe en la calle Almirante Brown. Se trasladó luego a su país natal, donde, con el concurso de los accionistas de los ferrocarriles establecidos en el país y de otras instituciones vinculadas a la Argentina, obtuvo fondos para ampliar su obra. Más tarde, en 1898, al tener conocimiento, por un informe del Consejo Nacional de Educación, de que había en la Capital más de 30.000 niños privados de los beneficios de la instrucción primaria, fundó en el barrio de Palermo una escuela. Los 18 menores con que se abrió en ese año, llegaron pronto a 200. Al año siguiente, las escuelas de Mr. Morris eran ya tres, con una concurrencia de cerca de 600 alumnos. Así nacieron las Escuelas e Institutos Filantrópicos Argentinos, la obra a que, puede decirse, consagró su vida entera. En 1923, al cumplirse las bodas de plata de la institución, sus beneficios alcanzaban a 6.000 niños argentinos. La obra, iniciada en la escuelita de Palermo con dos maestros, ocupaba ya a la sazón a un personal de 150 maestros y auxiliares. Actualmente, no baja de 7.000 el número de niños que reciben educación en las Escuelas e Institutos Filantrópicos, que sostienen varias escuelas superiores y elementales de varones, dos escuelas superiores de niñas, una escuela infantil y kindergarten de ambos sexos, tres escuelas elementales de ambos sexos, un instituto de telegrafía, una escuela de música instrumental y banda escolar, una biblioteca y sala de lectura, un museo escolar, laboratorios y gabinetes, una escuela de escritura mecánica, un instituto industrial de artes y oficios, dos escuelas nocturnas de cursos primarios, superiores y comerciales, una escuela nocturna de mujeres y, en fin, un hogar para niños huérfanos y desamparados. En todos esos centros—no menos de veinte—ubicados en Palermo, Maldonado, Coghlan, General Urquiza, Almagro y La Paternal, los niños que a ellos concurren no sólo reciben instrucción y educación moral, sino también asistencia médica, libros, útiles escolares y aun, en muchos casos, auxilio pecuniario, procurándoseles empleo una vez completada su educación. Esta somera reseña da idea de la trascendencia social de la obra realizada en Buenos Aires por el educador que acaba de morir.

Propagandista infatigable de su causa—que era, según se ha dicho, la causa de la niñez sin amparo—el señor Morris no perdió oportunidad propicia para ganarle adeptos, y por medio de la palabra hablada o escrita difundió incansablemente los principios que orientaban su acción. Así lo hizo muchas veces desde las columnas de **La Nación,** publicando llamamientos en favor de "sus niños"; así lo hizo desde la tribuna del conferenciante; así lo hizo, en fin, en toda ocasión y momento este hombre a quien en todas partes se acogía con la cordialidad que suscitaba la obra altruista a que se le había entregado. En los bancos y en las oficinas de la "city" como en las viviendas de la gente humilde, en el tráfago de la calle Reconquista como en los barrios tranquilos del suburbio, se miraba con afecto y simpatía unánimes su figura característica, individualizada bajo su aspecto exterior por su rostro bondadoso, por su impecable corbata blanca, por su típico fieltro negro, por la inseparable valija de los donativos.

Había resumido su evangelio de educador en máximas sencillas que inculcaba a niños y a grandes, y que resumen ese evangelio: "Todo por Dios, por mi patria y por mi deber"—reza uno de esos lemas.—"Hagamos—dice otro—que esta patria Argentina sea un santuario de toda virtud y una de las visibles moradas de Dios sobre la tierra". He aquí otros, tomados al azar dentro de un copioso repertorio: "Nosotros, los herederos de la patria que nos legaron nuestros antepasados, debemos mantener en pleno vigor todo superior heroísmo". **"El pueblo**

más noble es aquel que mejor cuida y educa a los niños". "Diez hombres fracasan por defectos morales, por uno que fracasa por falta de inteligencia". "El verdadero ideal de toda educación tiene que ser la formación en el hombre y en la mujer de un carácter completo; todo ideal que no contempla eso es deficiente". **"Tu vida debe ser buena, pero no tan sólo buena, sino también hermosa".** En su simple elocuencia dicen bien claramente esos preceptos la elevación espiritual del hombre que los formuló y que los difundía con tesón admirable.

LA OBRA REALIZADA

La obra realizada en nuestro país por el extinto es francamente hermosa, no sólo por los alcances educativos y humanitarios de la misma, sino también porque ella ha sido llevada a efecto con verdadero espíritu de sacrificio. La paciente labor podríamos decir que arranca del año 1886, época en la cual Mr. Morris sintió la necesidad de independizarse de la tutela paterna.

Sus inclinaciones hacia el bien del prójimo y su profunda evocación de educación le tenían trazado el camino a seguir. En efecto, después de residir en el Paraguay y de dedicarse a las actividades comerciales en Rosario, Mr. Morris se trasladó a Buenos Aires.

Trabajó como empleado en el barrio de la Boca, donde en poco tiempo se hizo amigo de los niños mal vestidos, sin hogar y sin instrucción. Recogió a un pequeño grupo, alquiló una modesta pieza y pagó a un hombre para que les diese instrucción elemental.

En 1892 realizó un viaje a su patria y en el cementerio en que estaba enterrada su madre prometió solemnemente que volvería a Buenos Aires para hacer todo cuanto fuese posible en favor de los niños pobres de la Argentina, en memoria de la mujer que le dió la vida.

A su regreso de Inglaterra compró un local de la calle Almirante Brown 1050 e instaló dos escuelas diarias, una escuela dominical y servicios religiosos en inglés y castellano. Durante diez años de labor en la Boca ayudó materialmente a varios centenares de niños y su acción se prolongó hasta visitar los buques para invitar a los marineros a recibir enseñanza en sus escuelas.

En junio de 1898, Mr. Morris buscó el barrio más necesitado de la ciudad, que era Palermo, y allí, con 18 chicuelos, empezó la obra que se ha desarrollado hasta alcanzar lo que es actualmente. Al fin de ese año concurrían a las escuelas 200 niños, 588 al segundo año, y hoy los 22 centros de educación que funcionan en distintos barrios de Buenos Aires cuentan con una inscripción de 7.100 niños y niñas.

El número de alumnos que han pasado por estas escuelas, desde la época de su fundación alcanza a 160.000. Existe además un hogar para huérfanos, llamado El Alba, que da albergue a 350 niños de ambos sexos, un taller de carpintería, escuela de telegrafía, establecimientos nocturnos con cursos de taquigrafía, mecanografía, contabilidad, inglés, electricidad, bordado, corte y confección, museo, laboratorio y biblioteca.

En Palermo, calles Charcas y Oro, la institución fundada por Mr. Morris cuenta con una iglesia, mandada edificar por él mismo, y en la cual predicaba desde hacía 34 años; una capilla en General Urquiza, un salón de conferencias en Almagro y cinco escuelas dominicales.

La cantidad que se necesita para el funcionamiento de las instituciones Morris proviene de subsidios oficiales del gobierno argentino y de donaciones y subscripciones del comercio y particulares. Actualmente, debido a que el gobierno nacional no ha abonado ni una sola parte del subsidio del año en curso y a las grandes mermas en las entradas del comercio y particulares, las escuelas atraviesan una situación angustiosa.

LA NOTA DE EMOCION

En circunstancias que el presidente del Consejo Nacional de Educación, Dr. Ramón J. Cárcano y el vocal don Avelino Herrera, visitaron ayer las escuelas e institutos evangélicos argentinos, invitados por los directores don Carlos Meyer y doctor Antonio Sagarna, llegó la noticia del fallecimiento del director de los Institutos, D. William C. Morris, que al ser conocida por los alumnos provocó un espontáneo sentimiento de pesar. Era emocionante ver cómo mil niños lloraban la pérdida de su querido director.

El presidente del Consejo, doctor Cárcano, hizo uso de la palabra, y se refirió a las condiciones morales y a la gran obra de educador realizada por el señor Morris.

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras.)

De la Legación del Japón en México:

Contiendas chino-japonesas. Historia de las operaciones militares en Manchuria y Shangai en 1931 y 1932 y del movimiento niponófobo chino. Trad. del inglés por José Muñoz Peñalver. Herald Press. Tokio 1932.

The sino japanese crisis, by H. G. Woodhead.

En la Biblioteca de «Estudios» (Apartado Postal 158. Valencia, España):

Higinio Noja Ruiz: *Gandhi, animador de la India.*

Del Prof. don Ramón Zapata nos llega:

La educación y la instrucción en Colombia. Bogotá. Edit. «Minerva». (Conferencia).

De F. Cossio de Pomar: *Arte y vida de Pablo Gauguin,* (Escuela surealista), Con 56 grabados y reproducción. Librería española León Sánchez Cuesta, 10 Rue Gay Lussac, 10. París, 1932.

Con el autor: 8 Rue Blomet, París.

Los tomos 57 y 58 de la «Nueva Biblioteca Filosófica», Madrid, 1932: Aristóteles: *Problemas,* 2 vols.

Tomos VIII y IX de las *Obras completas* de Aristóteles.

El tomo 56 de la misma Biblioteca:

Raimundo Lulio: *Filosofía Moral.*

Por la Editorial «Le Livre Libre», de París, 1932, ha publicado J. Blanco Uztari la segunda edición de esta obra:

Al margen de la Sociedad de las Naciones.

En la serie «Vidas Españolas e Hispanoamericanas del Siglo XIX»,

Luis de Oteyza: *López de Ayala* o el figurón político-literario. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1932.

De Vicente Huidobro:

Adán, «Poema», Santiago de Chile, 1926.
La gruta del silencio, Santiago de Chile, 1913.
Poemas árticos, Madrid, 1918.
Ecuatorial, Madrid, 1918.
Saisons choisies. Poèmes, París, 1921.

Dos libros recién salidos por la importante editorial Nascimento, de Santiago de Chile:

El Profeta, por Gibran Jalil Gibran. Ilustraciones del autor. Versión castellana y prólogo de Moisés Mussa B.

José María Soubirón: *La nueva poesía española,* 1932. Breve comentario expositivo y antológico.

Una editorial nueva chilena, Editorial y distribuidora de libros y publicaciones de que es directora la insigne Amanda Labarca H.: EMPRESA LETRAS.

Nos llegan por esta editorial:

Luis Roberto Meza: *Los aparecidos.* Prólogo de Fernando Santivan. En la «Colección de autores chilenos».

Magdalena Petit: *La quintrala,* (Premio «La Nación»). 4.ª edición. Prólogo de Alone. En la «Colección de autores chilenos».

Juan Marín: *Margarita, el aviador y el médico.* Prólogo de Hernán del Solar. En la «Colección de autores chilenos».

Biblioteca *Zig-Zag.* Revista literaria quincenal, Nos. 40 y 55.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en próximas ediciones.

El caso Remarque: Un escritor que cambia de nacionalidad

= De *Lecturas Dominicales*. Bogotá =

Antecedentes.— Erich María Remarque, el novelista de la guerra, y Emilio Ludwig, el biógrafo de celebridades, acaban de tomar la resolución del trueque de su nacionalidad alemana por la suiza, con el escándalo consiguiente de su patria, bien reteñida de orgullo racial.

El caso de cambio de nacionalidad no es nada frecuente entre escritores y por eso mismo la noticia ha sido una clarinada en Europa. El escritor, hombre dejado al margen de protecciones y abundancias oficiales, había hasta ahora soportado indiferencias e injusticias con ese estoicismo unas veces diogenesco, otras trapense, que ellos tienen para mirar la chacota del mundo.

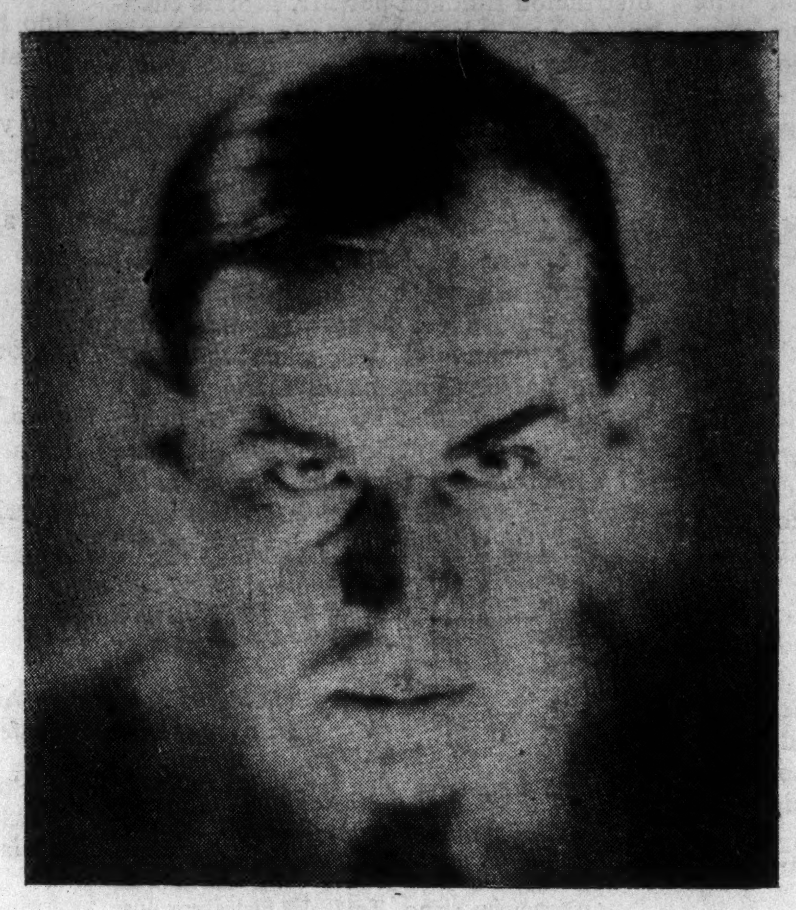
¿Qué ha hecho Alemania a Remarque y a Ludwig, se preguntan sus colegas extranjeros, para que ellos se repudien y se rebanen esa especie de segundo bautismo y de segundo nombre que es la nacionalidad?

Se sabe mejor el conflicto padecido por Remarque. Su libro famoso lo volvió de un golpe millonario, y el buen alemán colocó los tres primeros millones de su suerte en bancos alemanes. El gobierno, dando razones cojas o sin darlas, echó su manotón "legal" sobre esa fortuna privada que en un escritor asusta por ser la evasión de nuestro estado de miseria obligatoria...

Antes de este golpe de mano, que parece ruso, el mismo gobierno alemán hostigó, desprestigió y acabó por suprimir las proyecciones públicas del soberano film "Sin Novedad en el Frente", que se proyectaba en las pantallas del mundo con un éxito inmenso. Anteriormente, la prensa amarilla de Alemania había desatado una campaña en regla contra la obra de Remarque, campaña odiosa hasta dentro de un criterio patriótico.

El biógrafo Ludwig, por su parte, ha padecido de las sospechas chauvinistas por algunos de sus temas, y de una desestimación literaria de los suyos, también en contraste con el aprecio extranjero.

Nacionalidad suiza.—La espinosa aventura de... buscar patria, la han resuelto ambos de manera bastante decorosa, hallándola dentro de la raza común que es al fin de cuentas la patria moral y el desembocadero de los arroyos de las sangres parientes.



Erich María Remarque

La nacionalidad suiza, que comprende una porción germánica y una latina, resulta cómoda por ser bicéfala: un alemán irá a vivir del lado de Zurich sin padecer mucho el choque de la costumbre; un latino halla su clima abrigador del lado ginebrino. (Remarque tiene sangre francesa).

Suiza ha aceptado a los dos ciudadanos excepcionales que le hicieron la sagrada oferta de sí mismos y ambos ya viven tranquilos en una región de paisaje puro, con primacía de paisaje sobre el hábito, sobre una patria natural de artistas y escritores.

La obra condenada.—Este remate inesperado de la odisea de "Sin novedad en el frente" nos hace releer el libro para entender la indignación alemana. Bueno es volver sobre las lecturas, aun sobre las mejores, después de la hora de calentura en que nos encandilaron. La revisión cuartea muchas y no pocas las echa de bruces; ella también tonifica otras como la segunda pasada del hierro por el fuego. A los clásicos volvemos siempre por una repetición didáctica de la clase soberana; a los modernos se vuelve por otras razones. La obra de Remarque rebosa de la novela hacia el documento moral; ella amonesta a los olvidadizos que después de quince años han tirado la guerra al desván de su despreocupación y ella debe quedarse, porque enseñó una lección fundamental de repugnancia, cerca de nosotros, al alcance de nuestra mano.

Describir.— Muchos puntos de contacto han tenido que crearse con gusto o con disgusto nuestro, entre la obra literaria y la científica, por más que para algunos ellas sigan siendo el anverso y el reverso de dos maneras de trabajo que se darán siempre la espalda. La ciencia ha traído más cuidado en la preparación del personaje novelesco y ha enseñado al escritor rigores útiles en la descripción, obligándole a eliminar la "caliente bruma emotiva" de los románticos.

La novela de Remarque, colección segmentada de cuadros en vez de obra compuesta en la norma de la viga-madre, tal vez sea por sobre todo y antes que todo un éxito de descripción moderna plena, de meridiana descripción de un suceso, una hazaña de la anotación cumplida bajo el signo realista, pero lejos, bastante lejos, del zolismo pesado. Al contrario del naturalismo inventariador e inerte, una masa enorme de datos hierve y chisporrotea en esta novela dentro de una alta temperatura de pasión.

Remarque cuenta con relato articulado, unas cuatro o seis veces: capítulo de las mujeres de la otra orilla; del regreso a la casa; de las botas de Kemmerich; admirable de la voz perdida y la visita de la mujer al campamento. El resto entero es descripción incansable, empecinada visión y corte instantáneo de imágenes que no desarrolla porque las que vienen empujan.

La guerra ha sido descrita ayer no más aun cuando desde Homero hasta Duhamel nos la hayan servido en ocasiones anteriores. Los otros no quisieron tomarla como una empresa descriptiva a secas; cual más o menos, todos usaron de ella para exaltar una raza, para justificar una política o para saborear un poema con las especies que ella contiene.

La tenemos en copia legítima a la muy bastardeada por pintores y relatores; le tenemos su cara odiosa que mira escabullidora como los malhechores mañosos.

Recomiendan los profesores franceses a sus alumnos el trozo de Michelet sobre la "Tempestad del año 1859", en cuanto a descripción lograda de la fechoría del agua en las costas; recomiendan los mismos la descripción del caballo, de Buffon, como el trozo en el que el animal ha sido anotado una vez por todas, de manera que si él desapareciese sería posible su pintura por el artista que nunca lo hubiese visto.

Las cosas tienen necesidad de ser descritas, las hermosas que parecen bastarse con su existencia menos que las vergonzosas. Es mayor la urgencia de atrapar a éstas por el daño que traen, y por el desorden que cumplen sobre el paisaje. Pongamos a Remarque entre los benefactores del tiempo por medio de la descripción consumada. Pasados quince

(Pasa a la página 317)

LAS ASCENSIONES A LA ESTRATOESFERA

El profesor Piccard explica el objetivo de sus trabajos y relata su última ascensión

= De *Luz*. Madrid. Trad. de *L'Illustration*, París =



El Prof. Piccard

Desde hace varios años, los físicos de todo el mundo — dice el profesor Piccard—prestan cada vez mayor atención a la radiación cósmica.

Esta radiación (que todavía se denomina "Ultragamma", "penetrante", de Hess o de Millikan) es aún de naturaleza muy misteriosa. No es mi intención tratar aquí de este nuevo aspecto de la física. Me contentaré con indicar por qué la radiación en cuestión es interesante y por qué es necesario observar sus propiedades a una gran altura con los más sensibles aparatos de medición.

Se sabe que los gases son muy malos conductores de la electricidad. Según las teorías actuales, no debe conducir electricidad un gas que no está sometido a ninguna influencia extraña. Pero también se sabe, desde fines del siglo último, que ciertos rayos hacen ligeramente conductores a todos los gases. Entre ellos se encuentran los rayos luminosos ultravioleta, los Roentgen, los catódicos y, además, las radiaciones "alfa", "beta" y "gamma" de las sustancias radioactivas. Esta conductibilidad es fácilmente explicable por la hipótesis de la "ionización".

Se admite que, bajo la influencia de determinados rayos, las partículas elementales de electricidad negativa (electrones) son proyectadas fuera de las moléculas gaseosas. Estas partículas "negativas" se agregan a otras partículas de gas no cargadas de electricidad. Como consecuencia de la pérdida de sus electrones, las moléculas descargadas aparecen cargadas positivamente, mientras que las moléculas que han captado los electrones perdidos toman una carga "negativa". El gas así "ionizado" es capaz de conducir la corriente eléctrica en razón de la gran movilidad de las moléculas electrizadas (o iones), como acabo de decir. Esta conductibilidad no puede compararse, naturalmente, a la de los metales. Los gases ionizados no dejan pasar, la mayor parte del tiempo, más que corrientes de un trillón y, a veces, un cuatrillón de veces más débiles que la unidad de medida, el "amperio". Por consiguiente, se utilizan electrómetros particularmente sensibles para estudiar la ionización de los gases.

Se consigue sustraer cuidadosamente un gas a la influencia de todos los rayos anteriormente citados (es especialmente importante eliminar las radiaciones de las sustancias radioactivas que se encuentran en la corteza terrestre, y se observa, contra toda esperanza, que el gas permanece ligeramente conductor). Se produce, en efecto, aún en este caso, uno o dos pares de iones por segundo y por centímetro cúbico de gas.

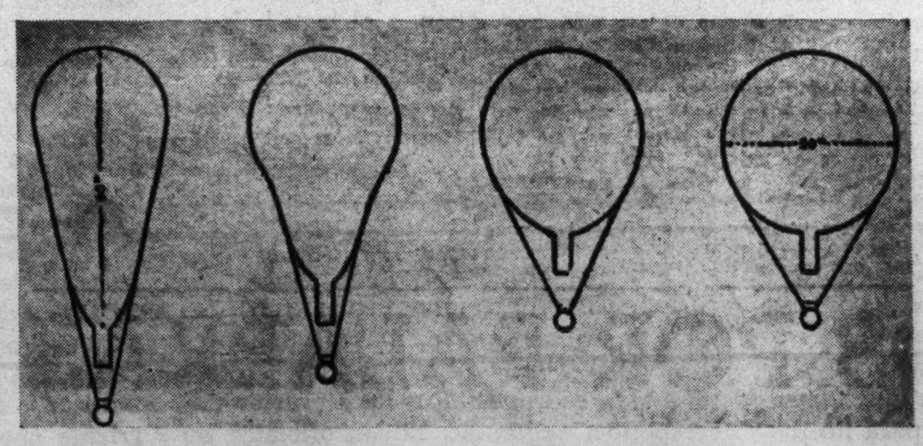
Esta ligera conductivilidad desaparece casi enteramente cuando se hunde el aparato alrededor de "100 metros de profundidad en el agua pura de un lago" (experiencias de Hess, en Alemania, y de Millikan, en América). Por el contrario, la conductibilidad aumenta rápidamente cuando el observador se eleva con sus aparatos a grandes alturas. Durante una ascensión en globo, a 9.000 metros de altura sobre el nivel del mar, Kolhoerster comprobó la formación, por centímetro cúbico de aire, y por segundo, de ochenta pares de iones. Este fenómeno es fácilmente explicable: una radiación desconocida, pero seguramente "ionizante", llega del espacio a nuestro planeta. Una parte de esta radiación—que se denomina "cósmica" — llega a la superficie de la tierra a través de la atmósfera, pero la mayor parte es absorbida por la masa de aire. Por experiencias efectuadas se puede deducir la fuerza de penetración, la "dureza", como se dice, de la nueva radiación. Se conoce también que los rayos cósmicos son mucho más duros que los más puros rayos del radio. Los ensayos de laboratorio confirman este hecho: mientras una placa de plomo de 1,5 cm. de espesor reduce a la mitad las radiaciones "gamma" del radio, sería necesario una plancha diez veces más espesa para debilitar en la misma proporción la radiación cósmica. Ciertas partes de esta radiación son absorbidas a medias por un plomo de 1,50 m. de espesor.

Se ve también que nuestros nuevos rayos presentan un gran interés desde el punto de vista experimental. Pero son mucho más atrayentes aún para el teórico el estudio del origen de estos rayos. La física moderna puede, auxiliada por las teorías de Plank y de Einstein, formular hipótesis sorprendentes acerca de la naturaleza de la radiación, de la energía y de la materia. Es verosímil, por lo menos, que la radiación cósmica es producida no por la disgregación radioactiva de átomos pesados, sino por la destrucción de los átomos más ligeros, especialmente átomos de hidrógeno o, quizá también, por la transformación del hidrógeno en helio.

Estas reacciones atómicas van acompañadas por la producción de una formidable energía, varios millones de veces mayor que la que engendraría la combustión de iguales cantidades de carbón. El lector comprenderá ahora por qué es interesante saber, desde el punto de vista puramente técnico, en qué condiciones se producen las reacciones en cuestión. Se puede decir que cuanto conozcamos en adelante acerca de la radiación cósmica nos acercará a la solución de problemas fundamentales.

Ya hemos visto que se ha llegado a encontrar las radiaciones cósmicas a 9.000 metros. Pero a esta altura el aeronauta tiene aún sobre sí un tercio de la masa atmosférica. Es necesario confiar en descubrimientos interesantes cuando se lle-

El globo utilizado por el profesor Piccard fué cargado con gas que ocupaba solamente la quinta parte de su volumen; para que al ir ascendiendo, y a causa de la diferencia de temperatura, el gas fuera dilatándose.



En tierra: 2.800 metros cúbicos, o sea 1|5 del volumen del globo.—A 5.600 metros: volumen de gas. 2|5 del volumen del globo.—A 10.000 metros: 10.000 metros cúbicos.—Hacia 15.000 metros: 14.000 metros cúbicos.

gue más arriba. Esta es la razón de mis tentativas.

Nuestras ascensiones a la estratoesfera tienden, por consiguiente, a explorar la radiación desconocida procedente del espacio celeste bajo una décima solamente de la masa atmosférica total. Es de esperar, pues, que a estas alturas las propiedades originales de la dicha radiación estén muy poco modificadas por la atmósfera terrestre. Sería particularmente interesante determinar si en las grandes alturas se encuentran igualmente las partes que constituyen "las más suaves" de la radiación y que, por la absorción de las capas inferiores del aire, escapan naturalmente a los observadores que trabajan más abajo.

La altura a la que el observador no tiene sobre sí más que una décima parte de la masa atmosférica y bajo él nueve décimas, se alcanza en el momento en que la presión del aire no es más de 1/10 atmósferas (76 milímetros de mercurio). La altura de 16.500 metros a que corresponde la presión indicada es precisamente a la que hemos llegado en nuestra última ascensión.

Después de varias tentativas, el globo se elevó a las 5 horas 7 minutos del día 18. Ascendíamos tan lentamente que, durante algún tiempo, permanecí asomado al agujero de entrada de la cabina, y únicamente al llegar a los 1.500 metros, después de un cuarto de hora, cerré el agujero. Estábamos ya separados del mundo exterior y la ascensión hacia la estratoesfera podía comenzar.

Subíamos a una velocidad aproximada de 1,50 m. por segundo. Como los instrumentos estaban todos en orden y la partida se había verificado sin ninguna dificultad, mi colaborador, M. Cosyns, había comenzado inmediatamente a realizar las medidas relativas a los rayos cósmicos, las cuales prosiguió durante toda la ascensión. Y como los instrumentos estaban esta vez mejor protegidos contra la humedad y funcionaron normalmente, confiamos haber obtenido resultados irreprochables.

Mientras M. Cosyns verificaba su trabajo científico, yo me ocupaba en la maniobra del globo, en medir exactamente la presión barométrica y en anotar estas lecturas con la hora exacta de las observaciones. M. Cosyns, por su parte, ha anotado las medidas tomadas de la radiación cósmica en función del tiempo, pero sin marcar la presión barométrica. Unicamente la comparación de los dos libros de a bordo, nos permitirá comprobar cómo los rayos cósmicos varían en función de la presión barométrica, es decir, finalmente, de "la altura". Además, tuvo que estar atento para no perder la orientación. En un globo corriente, de barquilla abierta, es fácil seguir la ruta por la carta; pero esto es mucho más difícil en una cabina cerrada, cuyos ventanillos sólo permiten una visión muy reducida. Además, yo tenía que permanecer lo más quieto posible para no molestar a M. Cosyns.

Felizmente, pudimos volar sobre cierto número de lagos que conocíamos, lo cual ha facilitado nuestra orientación. Vi exactamente bajo nosotros el dique de Rapverswyi y, muy cercano, el lago de los Cuatro Cantones. Se necesita cierto tiempo para habituarse a la orientación en tales alturas; del mismo modo que los observadores terrestres tienen siempre la tendencia de estimar que un globo observado a cierta altura se encuentra directamente sobre ellos, nosotros tuvimos que acostumbrarnos a conceder su verdadera distancia a los puntos lejanos.

Volamos en seguida sobre el lago de Zallenstadt; luego, sobre el Rin, al sur de Sargans. Y cuando estábamos bastante por encima de las montañas de Grisons, pudimos reconocer, todavía distintamente, la forma característica del lago de los Cuatro Cantones. Poco después, y durante bastante tiempo, no pudimos determinar nuestra posición, en el curso de la cual no vimos bajo nosotros más que espléndidas montañas o profundos valles.

Igualmente se distinguía la forma conocida de las montañas glaronesas. Al cabo de algún tiempo, durante el cual no eché ninguna ojeada al exterior, tuve la sensación de que debíamos estar sobre el Engadine superior y la orilla del Bernina, con el glacier de Morterasche y el macizo del pico Bernina.

Las montañas nos parecieron sensiblemente pequeñas. Evoqué una topera sobre la que algunos niños hubieran echado cal, la nieve.

A la vez que a la frontera de nuestro país, llegamos al límite de nuestras cartas detalladas. Para el resto de Europa sólo disponíamos de cartas de escala pequeña, pues teníamos que economizar a bordo, en cuanto posible, el sitio y el peso. Nuevamente nos entretuvimos en mirar los lagos. Pronto vimos ante nosotros la forma característica del lago de Garda, que nos permitió orientarnos y que no perdimos de vista hasta el fin de nuestro viaje. La vista del cuello de Bernina era espléndida. Se percibía, distintamente, el lago Azul, en el Boshiavo, que a menudo habíamos recorrido en nuestras excursiones con esquís en Alpgrum.

Entonces tuve una sorpresa. Había ante nosotros un lago que desconocíamos. Tenía un color verde lechoso. Este sentimiento de sorpresa se desvaneció cuando recordé que había visto esta región en invierno, cuando el lago helado, cubierto de nieve, no se distinguía del paisaje que le rodeaba.

Hacia mediodía nos decidimos a preparar el aterrizaje, aunque todavía teníamos doscientos kilos de lastre y podíamos permanecer en el aire más tiempo. En este instante había, fuera de la cabina, una presión de 73 milímetros de mercurio. Era impresionante ver, tan próximo a un barómetro, marcar una presión de 1/10 de atmósfera, en la que toda vida es imposible. Esta presión corresponde, según las tablas oficiales de la F. A. I., a una altura de 16.200 metros.

¿Cómo funcionará ahora la válvula? Había conservado a este respecto un recuerdo muy desagradable de nuestra primera ascensión. Una nueva disposición con cierre de mercurio debía evitar ahora toda sorpresa... Sin embargo, lancé un suspiro de alivio cuando el mecanismo (que, naturalmente, no había podido ser ensayado) funcionó irreprochablemente. Prudentemente, tiramos de la cuerda de la válvula, primero durante cinco segundos, luego diez segundos, después veinte segundos. Cuando comprobamos que esto era poco, tiramos de la cuerda durante treinta segundos. Entonces comenzó a descender el globo. Pudimos alcanzar una velocidad de cuatro metros por segundo.

La estabilidad de nuestro globo en la estratoesfera era tan grande que esta velocidad decreció rápidamente. El globo tuvo, incluso, tendencia a volver a elevarse.

Fuertemente enfriado al principio de la ascensión, se calentaba lentamente al sol, y la expansión resultante compensaba las pérdidas de la válvula. Por consiguiente, tuvimos que tirar de nuevo de la cuerda varias veces en dos minutos. Por fin, el globo descendió lentamente a las 14 h. 30 m.; habíamos llegado a los 11.000 metros de altura.

Entonces hicimos una nueva maniobra. En el interior de la cabina conservábamos la misma presión que en el momento de cerrarla—es decir, la presión que hay en la cima del Righi (1.500 metros) . Se trataba ahora de dejar salir lentamente el aire de la cabina para poder abrir nuevamente el agujero de entrada.

Dejamos escapar el aire todo lo posible, sin efecto apreciable. Un barómetro especial indicaba la diferencia de presión entre el exterior y el interior, y fué una impresión particularmente tranquilizadora ver cómo el barómetro descendía gradualmente. El calor del sol de Lombardía nos fué muy agradable.

No he dicho nada todavía de la temperatura en el interior de la cabina. El año anterior, la cabina estaba parcialmente pintada de negro y el calor nos hizo sufrir; la temperatura interior alcanzó 41°. Para evitar este inconveniente, esta vez hice pintar de blanco todo el exterior de la cabina.

Pero hubiera sido preferible pintarla de gris, pues esta vez tuvimos frío realmente. La temperatura, tomada a la altura de nuestras cabezas, era, durante el día, de 0°. Pero un termómetro colocado sobre el suelo marcaba 10° bajo cero.

Por fin, el globo tocó el suelo de Lombardía. Un poco antes de las cinco, estábamos a la altura en que llegaban hasta nosotros las voces de los de abajo. El primer grito que oímos fué: "¡Bajad! Somos suizos también..." Nuestros compatriotas cogieron la cuerda que lanzamos y nos ayudaron a descender, secundados por los habitantes de Monzambano. El aterrizaje se hizo sin dificultad. Sin embargo, no fué un aterrizaje perfecto. La cabina rodó varias veces por tierra.

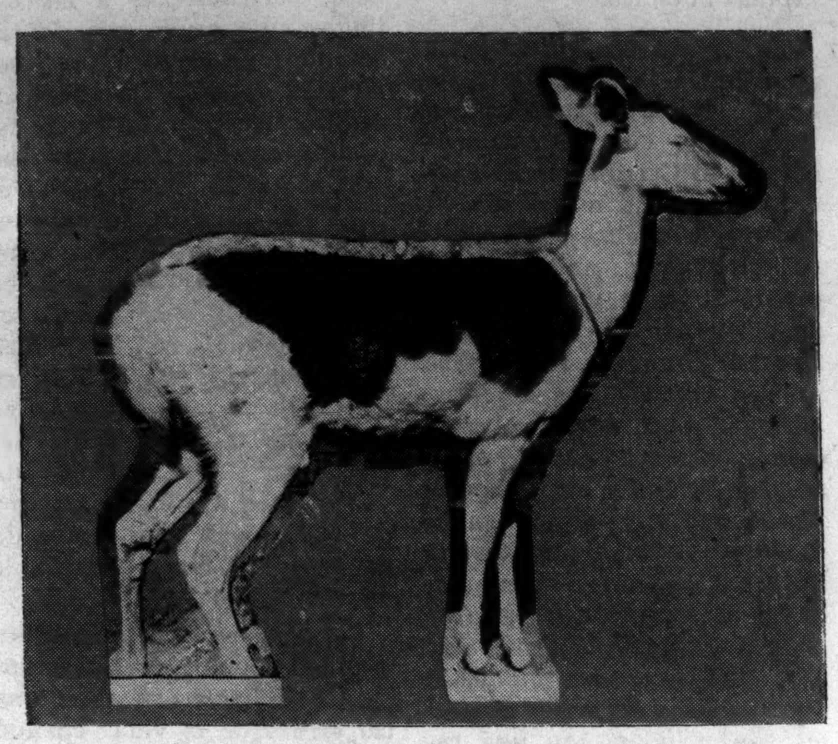
A las 17 horas había terminado el aterrizaje.

Puntos de semejanza entre vertebrados y artrópodos

= *Envío del autor.* San José de Costa Rica =

A fines de noviembre, en 1905, publicó la revista "Páginas Ilustradas" algunos casos de albinismo, en roedores y pájaros de Costa Rica. Ultimamente se ha presentado el caso interesante de que guarias blancas, en cultivo, hayan florecido parcialmente moradas en algunos de sus ramos, lo que pone de manifiesto la inestabilidad del albinismo vegetal, debido quizá al cambio de ambiente en que las plantas se colocan.

La cervatilla del grabado adjunto pertenece a la especie común en la vertiente del Pacífico; cuando hicimos la fotografía en Liberia, alcanzaba ochenta centímetros de alto; la habían cogido pequeñita en el campo y se mantenía bien en cautiverio, como sucede con todos los ciervos en los jardines zoológicos; cada ocho meses se reproducen, y los machos cambian los cuernos año tras año, aumentando siempre el tamaño y número de ramas.



Venadita medio albina, (*Cervus nemoralis*, Smith), que tenía en Liberia don Manuel Benito Santos, en febrero de 1912.

Entre las representaciones de animales hechas por los antiguos indios, trajeron hace pocos meses del Valle del General un venadito de oro, que pesaba apenas cinco gramos; pero que era una joya preciosa, por su fina ejecución: tenía cuatro ramas altas en los cuernos y llevaba una estaca de oro atravesada en la nariz, hecha de dos hilos retorcidos. Debió presentarse alguna vez en nuestros bosques precolombinos un venado blanco, para que los indios perpetuaran tal recuerdo con su imagen en oro macizo.

El Lucanus cervus, de Linneo, es un insecto hermoso, propio del viejo continente, que si bien alcanza apenas la cuarta parte del tamaño a que llegan nuestros grandes coleópteros de Centro América, tienen sus mandíbulas enormes tal semejanza con la cornamenta de un ciervo, que nunca pudiera el gran naturalista sueco encontrar nombre más apropiado para caracterizarlo. La cabeza, el tórax y el abdomen remedan una hormiga gigantesca, perteneciente al género **Cryptocerus,** como si la Naturaleza tuviera especial complacencia en recordar a cada paso las formas armónicas de sus creaciones infinitas. Así como los ciervos, ama el crepúsculo vespertino, y al extenderse el manto de la noche, hacia los meses de junio y julio, practica su vuelo nupcial para mantener el ciclo de la vida.

Cuando observamos el reino animal se va la mente de manera insensible de los vertebrados a los artrópodos, por la gran semejanza aparente de unas formas con otras. Para la gente de los campos el parecido entre los bueyes y los Pasálidos es tal, que los llaman bueicitos donde quiera que preguntamos por ellos; confunden los cuernos con las antenas, los ven reñir de frente, caminar despacio, y no les importa que tengan seis patas en lugar de cuatro, ni uñas ganchudas en vez de pezuñas, son siempre dos y eso les basta; quizá tengan razón desde el punto de vista ideológico.

Verres deflexicornis, Kuw. pág. 176. Cuando se publicó la descripción de esta especie, tenía duda el autor de su verdadera procedencia, y la refirió a Centro América bajo el paréntesis de una interrogación; pero después se ha constatado que procede de La Palma, a 1.600 metros de altura sobre el nivel del mar. Su tamaño varía de 37 a 40 milímetros de largo, desde el extremo de las mandíbulas a la terminación de los élitros. Tiene el labio superior hendido al frente, en forma redondeada; la cresta frontal, que parte de la base del cuerno horizontalmente, es más o menos saliente, y se inclina en sus extremos, al llegar a la línea del puente para formar detrás del clypeo dos nuditos oblicuos, uno en pos del otro, en cada punta. La cala es apenas más ancha que el surco lateral del protórax, y ambos carecen de puntos; el escudete si es puntilloso, excepto en el ángulo posterior. Se guarece y habita en la albura de los troncos medio podridos, donde hace extensas galerías, como otras especies congenéricas; durante la primavera practica sus vuelos de amor por la noche, dejándose atraer por las luces eléctricas hasta entrar en las casas de campo.

En la cordillera montañosa donde vive, reina una atmósfera húmeda, cargada de nieblas por la tarde, que mantiene los árboles cubiertos de musgo, helechos, bromelias y variadas orquídeas, cuya fragancia embalsama el manto de la noche, convirtiendo el ambiente en una regia cámara nupcial, serena, tranquila, perfumada, donde apenas se agitan las luciérnagas como lamparillas de topacio.

Verres hagenii, Kaup, pág. 116.

La descripción original de esta especie está escrita en seis palabras: "Labro profunde sinuato; frontis carina transversa", así resulta demasiado concisa, quizá característica en su tiempo, pero no detallada como las del viejo maestro Percherón. Su tamaño está comprendido entre 35 y 40 milímetros, y parece, en su género, la forma más común en Costa Rica, tanto en la meseta central como en las tierras bajas de ambas vertientes. Tiene el clypeo ondulado al centro, con una pequeña prominencia en sus extremos, la cual se confunde con el puente estrecho que protege el borde delantero de los ojos. El ensanche que remata el canal del borde, en el protórax, sobre la línea de los ojos, a uno y otro lado, está bien marcado y constituye el principal distintivo de separación con la especie precedente. Por lo demás, el escudete está puntillado con mayor o menor intensidad, así como los élitros, en ambas especies, aunque a veces cuesta distinguir los puntos sobre las estrías dorsales.

Los ejemplares jóvenes presentan un hermoso color de chocolate, lustroso, brillante, y aparecen con la hendidura del labio superior menos profunda que en los insectos cogidos al final del año, cuando han adquirido ya el tinte negro opaco de los ejemplares viejos.—Hasta la pubescencia rubia de los jóvenes pasálidos recibe la rigidez cerdosa de la senectud.

Finalmente, esta especie tiene el cuerpo menos abovedado, más ancho y plano que la especie precedente, como si el ambiente de las tierras bajas influyera sobre la forma achatada de plantas y animales.

En los troncos viejos, medio podridos, que yacen en el suelo, ya sean de poró, itabo, güitite o de higerón blanco, observamos con frecuencia agujeros a cuya entrada aparece el aserrín echado afuera de la galería, lo cual denuncia con seguridad la presencia de estos insectos: algunos golpes de hacha los pone fácilmente al descubierto; y no es raro encontrarlos también fuera de su guarida, debajo de los troncos, o en los montones de aserrín y fragmentos de madera, que se dejan a la intemperie para que se pudran y formen abono vegetal; su fácil y segura recolección hace que sean abundantes en todas las colecciones entomológicas.

Entre los insectos xilófagos que habitan de preferencia bajo la corteza medio descompuesta de los árboles muertos, encontramos con frecuencia colonias numerosas de Bréntidos, viviendo en buena armonía con

los Pasálidos, especialmente en las tierras bajas de la región costeña de Pacífico. Semejan al oso hormiguero por su trompa larga, cuerpo delgado, color negro, con dos rayas amarillas; anda despacio, no levanta el vuelo, y cuando se ve perseguido, se deja caer al suelo para ocultarse entre la yerba. Algunos alcanzan cuatro centímetros y medio de largo, y están divididos en tres partes exactamente iguales: la cabeza, el tórax y los élitros. Tienen las antenas de once artejos, y las patas iguales entre sí.

Spurius bicornis, Truq. pág. 317. Se halla en México, Guatemala, Honduras y en las faldas del volcán Turrialba, tan ricas en plantas y animales raros. Tan sólo una especie se conoce de este género, característico por tener dos cuernecitos, en lugar de uno central, a manera de espina de Cornizuelo; su tamaño apenas alcanza 18 milímetros de largo. Es uno de los Pasálidos más bonitos, por la armonía de todo su cuerpo, ni demasiado chato, ni muy abovedado; de un negro brillante, con estrías finamente puntilladas. El clypeo termina en nudo pequeño a cada lado y está separado de la frente por una zanjita, como los **Popilius;** pero los tres dedos terminales de las antenas son relativamente largos. El protórax tiene cicatrices y puntos a los lados, con una cala honda, longitudinal al centro. El escudete presenta puntos finos, dispersos; pero el metasterno es pulido, convexo y carece de puntos. Las tibias centrales son pubescentes, sin espinas notables.

Otra especie interesante, adicional a la fauna del país, es el **Popilius guatemalae,** Grav. pág. 27, que encontramos en el Cerrillal de San Isidro, el 21 de julio de 1931. Es de aspecto bonito, como todos sus congéneres; mide 29 milímetros de largo, y se caracteriza por tener el cuerno superior en forma de zopilote en reposo, con las alas abiertas; además, sobre esas prolongaciones parietales hay un canal angosto, a uno y otro lado del nudo central. La verruga de la frente semeja una testera de ganado vacuno. Tiene pocos puntos junto a las cicatrices del espaldar; las estrías de los élitros están finamente puntilladas, y las tibias centrales son peludas, con una espina al canto. La cala del protórax está incompleta.

El **Passalus punctalo-striatus,** Chevr. (pág. 78, Monografía de Percheron), es la especie más común en la meseta central de Costa Rica; su tamaño varía entre 22 y 27 milímetros de largo, en ejemplares cogidos bajo la corteza de un mismo tronco podrido, ya sea de itabo o de poró. Cuando se describió la especie, en 1835, se había colectado solamente en México; pero después se ha visto que habita toda la América Central y las altiplanicies de Colombia. Esta especie sale de su guarida por la noche, es atraída por las luces eléctricas, y tuvo la gentileza de entrar en el comedor de mi casa, durante una noche lluviosa, a fines de mayo; cuando lo cogí, abría las mandíbulas en actitud amenazante y manifestó su protesta con un gruñidito estridente y pertinaz.

Muchos gorgojos parecen una miniatura de elefante, por su trompa larga, cuerpo grueso, medio peludo y encorvado, color pardo, ojos pequeños y costumbres sedentarias; otros remedan al armadillo, cuando se hacen una bola y ruedan por la corteza de las plantas, hasta caer en tierra; hay coleópteros semejantes al rinoceronte, por su cuerno corto y cuerpo rechoncho, pubescente, de color moreno, casi negro; los hay que parecen tortugas diminutas, en la forma; y muchos insectos que persiguen las inmundicias, como los cerdos, o revolotean sobre los cadáveres cual si fueran buitres. Hay una mariposa nocturna, de alas lanceoladas, color verde mate por encima y chocolate por debajo, perteneciente a las esfinges, cuya oruga gris, del tamaño de un dedo anular, semeja la cobra de la India, u otra serpiente fantástica, de aspecto aterrador para quien no sabe lo que es en realidad. Pero el caso típico, por excelencia, es el de la mariposa gris, que tiene una raya blanca transversal en la base de la cola, y que vuela con la rapidez de un colibrí, agitándose sobre las flores de jaral, sin posarse jamás, con tal semejanza al pájaro mosca, que más de una vez disparé sobre ella un tiro de municiones finas, antes de conocer esa forma admirable de mimetismo.

A cada paso se presentan problemas biológicos interesantes, que hacen encantadoras las tardes de la vida: cuando Linneo describió el **Passalus interruptus** dió la pauta para que todos los coleópteros similares de los trópicos americanos llevaran ese nombre científico, a partir de 1767; después llevaron a Europa tantos ejemplares colectados en todos nuestros países, desde México a Bolivia, que su tamaño varía desde 17 hasta 51 milímetros, esto es, tres veces más grandes unos que otros, en la misma especie según Gravely. Naturalmente, a medida que llegaban especímenes de regiones apartadas unas de otras, como Guatemala y Brasil, se pretendía encontrar una especie nueva, y los colectores que deseaban dar mayor crédito y valor a sus trabajos, así lo consignaban. Ahora mismo no sabemos si hay en Costa Rica solamente la citada especie, o si debemos conservar también el **Passalus punctiger,** Lepel. y Serv., que parece idéntico en todos sus detalles

Hay en la Naturaleza una gran mayoría de seres inofensivos, animales y plantas, que parecen ser amigos siempre, como fuentes de amor que perduran a través de los siglos, tal es el grupo de insectos citados; y si tomamos entre las plantas el güitite por ejemplo, veremos un tronco blando, rugoso, sin asperezas ni púas, dispuesto para que se alojen sobre él las orquídeas, helechos y musgos. Las ramas de este árbol son muy numerosas, llenas de bifurcaciones, afelpadas al tacto, para que los pájaros aniden cómodamente en ellas y tengan después uvitas abundantes con qué alimentar sus pichones. Las hojas son alternas, de la grandura de un palmo, lustrosas por encima, a fin de que el agua pluvial discurra con facilidad; al dorso son pubescentes, de gruesa nervadura, donde los insectos encuentran abrigo y sostén al comenzar la estación lluviosa, que indica la época del celo; hasta el aspecto compacto del follaje y su tinte verde amarillento sugieren la ternura característica de este vegetal; la copa se levanta apenas cinco metros del suelo y como se ramifica desde abajo, está siempre en contacto con los insectos y las aves, desde las tierras bajas hasta una altura de dos mil metros sobre el nivel del mar.

Como se reproduce muy bien por estacas, lo emplean con frecuencia en las cercas, como madera de pega, y se dice que las hojas son medicinales, aplicadas contra las hemorroides. Aún después de cortado el tronco, es preferido por los Pasálidos para hacer allí su criadero de larvas; más bondad no se puede esperar de una planta, que pasa desapercibida en el concierto admirable de convivencia animal y vegetal. Pertenece a la familia de las solanáceas; sus flores y frutos se presentan en racimos durante la primavera, y sirven las uvas del Güitite de alimento a los pájaros, para criar sus polluelos. Así llena la Naturaleza todas las necesidades de la vida, con el amor de una madre, sin preferencias odiosas para ninguno de sus hijos.

Anastasio Alfaro

El caso Remarque...

(*Viene de la pág. 312*)

años de la matanza, los lectores arrepentidos de haberse empadronado en la beligerancia queríamos que nos diesen otra visión de la guerra, una indagación humana que estuviese exenta de alegato, y como Remarque nos la dió, le hemos respondido efusivamente desde los Estados Unidos a la China.

El frente.—Repasemos algunos de los sumandos de la novela. El frente se nos entrega en placas diseminadas aquí o allá; pero aunque no forme la clásica descripción sostenida, se le recibe entero, se le siente y se le olfatea entero.

La zona magnética, cargada de hombres y sin momento de sosiego, se ha vuelto un lugar telúrico donde el fuego barre el suelo y parte la atmósfera a cada momento, tierra que no se parece ya a ninguna tierra y cuyo horror en el durar sobrepasa al cataclismo. El soldado salta, picado por la granada, el cañón o el gas, como una grotesca langosta; metido en la trinchera, ella lo avienta; salido afuera, lo baten la erupción del terreno y el velo que se rompe y se rehace del fuego abierto. Remarque, que siembra la descripción de síntesis excelentes, dice de la zona infernal que "es una marmita enorme golpeada por todos los lados" y que es, a pesar del espacio abierto, "una jaula con rejas de fuego dentro de la cual se corre sin hallar salida".

Mejor que la sensación del combate, que es relativamente fácil por la objetividad brutal, será la sensación que nos dará de la guerra en cuanto a sociedad irremediable.

Pelean en el frente caballeros germanos, más Lohengrines que Wotanes, hijos de la higiene sajona, que llegaron frotados como niqueles, gentes ricas o pobres, venidas de sus casas — de Prusia o de Westfalia — limpias como cubos de porcelana tirados en el campo.

Las jefaturas militares, técnicas de supertecnicismo, procuran hacer de las zonas críticas modelos edificantes de limpieza y abastecimiento, queriendo dignificar la guerra moderna y sacarla de su revoltura bárbara. "Estos son unos regimientos que llevan baños, salas de deportes y enormes almacenes de provisiones", se decía, "donde el soldado huele al hombre cuidado de las urbes y donde el cuartel se parece a las instituciones de la paz, por ordenado y humano".

Las intenciones fueron esas; los hechos resultaron otros. Bajando el declive de la catástrofe, la organización fué rodando hasta caer en el hoyo de su inmundicia y de su anarquía congénitas, en el envilecimiento eterno de la guerra que es el comer de las carnes podridas y moverse la hediondez de las trincheras.

Remarque nos hablará de la guerra que los periodistas escondieron; él nos dirá la disciplina necia que congrega a los soldados en las letrinas para poder conversar; él nos contará paralela con el empiojamiento de los Lohengrines, la lengua nueva que se desarrolla, el idioma procaz de las fronteras todas, hecha de obscenidad pura y de encanallamiento. (Aquellos hombres ya no volverán a hablar la lengua que enseñó la madre, que calentaron las tertulias de los camaradas de cafés y que pulieron largamente las universidades. "El que no dijese procacidades no sería soldado"). El nos hará ver cómo la carne de caballo se come con fruición cuando las otras se acaban, y cómo se mascan, por gusto del alimento fresco, las hierbas que se hallan y en las que salta el estiércol humano por todas partes...

Viene después de esta revelación de la guerra de las ratas y los piojos o adentro de ella, el encanallamiento interior del soldado, hombre maduro, mozo o adolescente.

Allí han caído los millares de hombres en el hacinamiento de las trincheras, venidos de la Universidad o de las frescas aldeas, cada uno con cierta leche en los labios; la leche de la raza ingenua y la del hábito familiar; la leche de la cultura kantista o juanpaulista, la misma niescheana también con buen dejo; llegaron los combatientes precipitados de esos regazos, el de la familia o el de la profesión, sabiendo cosas masticadas lentamente por el género humano y conceptos que parecían asimilados de una vez por todas, imperdibles e introcables.

Después de unos meses, esos hombres y esos niños, ya comen como bestias, olvidadas las delicadezas del yantar de la casa: necesitados de reír de alguna cosa y con alguna cosa, sacan sus chistes de la muerte, que es lo que está en el aire y el suelo; viviendo la tragedia químicamente pura, que es cosa que no se soporta más de tres días, como en el teatro griego, ellos le sacan el cuerpo a pensar lo que viven, capean en cada momento la realidad, y contestan zumbonerías o cualquier reflexión suya o ajena; ellos se trepan a la rama del mono desde donde no se veía nada sino los otros monos, para conservar el aspecto, la fuerza para moverse y la gana de vivir. Juegan al trapecio el día y la noche, moviéndose sin cesar y hablando torpezas, o quedándose un rato callados juegan a no sentir, a no saber y a no entender nada de lo que pasa. "Porque si supiéramos lo que vivimos qué haríamos para seguir viviéndole".

Así van a volver los pobrecitos a su Alemania, que no los reconocerá padre ni amiga, ni los animales de la casa, mudados como San Pablo, de la frente a las uñas, sólo que al revés de San Pablo, y como regresarán un poco viejos de maduros, con un rencor áspero de cualquier mando, nadie va a pensar en rehacerlos, en retribuírles al hueso y en endulzarles la sangre agria o inficionada que les hicieron cuatro años de frente.

Quienes les observen de vuelta, si les vieron antes, sabrán que de veras es cosa delicada el alma, que parecía tan primaria, cosa enrevesada y peligrosa de revolcar en ciertos polvos y de sacudir en ciertas violencias. Más delicada el alma, que esos musgos que afuera de una axila de árbol se queman; más frágil que esos aparatos de física que se rompen de un libro que cae cerca de ellos, y menos redimible que esas joyas caras que si se empeñan se pierden siempre...

Inquisiciones nuevecitas.—Creíamos que se había trasladado a la carne de la leyenda —que es carne empalada— el caso de las condenaciones por pecado de leso pensamiento, el golpe de fuete propinado por los viejos a un muchacho listo que soltó un atrevimiento, y que las asambleas de teólogos o doctores que acuerdan negar la sal y el agua a un prójimo puesto en este mundo al lado de nosotros estaban barridas, a lo menos de este suelo europeo, salido de sentido común, de realismos racionales. Pero vuelven las leyendas asesinadas, toman una carne imprevista y se alzan, así la hazaña como el disparate, y se sientan entre nosotros de nuevo, con sus trajes del 1400. Hay condenas todavía por una verdad que escandaliza a los teólogos, de la política (mucho peores que los otros) y hay destierros de la patria, como el que contamos y que se cumplen en Alemania como antes en Florencia, "per vita, per vita".

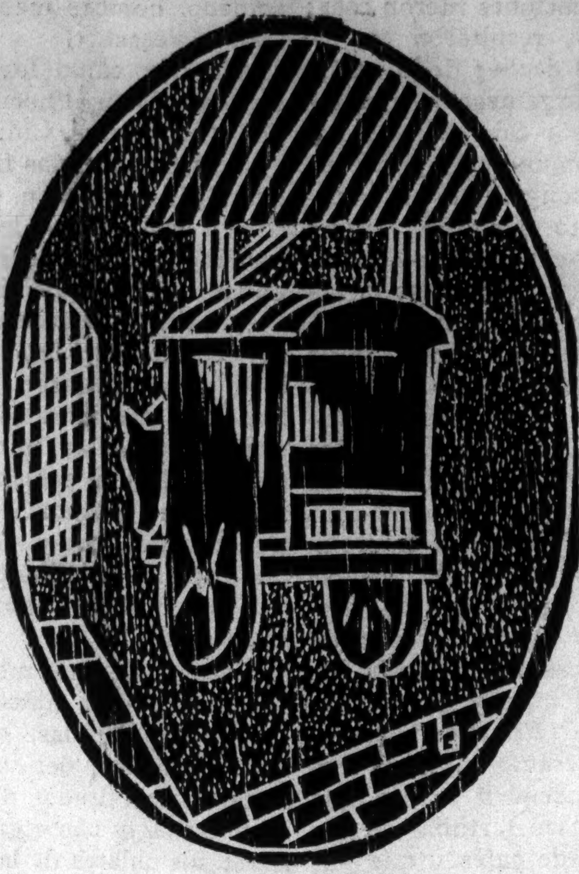
Gabriela Mistral

Aviñón. 1932.

Trabajadores

= De *Luz*. Madrid =

Joaquín du Bellay fué un simpático poeta francés del siglo xvi; murió de pesar; esto nos demuestra que era un hombre extremadamente sensible. Publicó un librito en que da consejos a los jóvenes poetas. Se titula "La defensa e ilustración de la lengua francesa". Uno de los consejos que da es el de que el joven poeta, además de visitar al sabio en su biblioteca, debe frecuentar el trato de los obreros y gente mecánica de toda especie. Visitando talleres y fábricas y departiendo con los obreros aprenderá los términos de las artes; conocerá sabrosas y expresivas maneras de decir; atesorará los nombres de las cosas; sabrá cómo se dicen tales o cuales operaciones que con el hierro, con la madera, con la lana, con la piedra se hacen. Si hoy otro poeta escribiera un librito análogo al escrito por Joaquín du Bellay, al provecho literario que se saca de la parla con los manejadores de la materia habría que añadir la confortación moral. Este aspecto de la cuestión acaso no podían sospecharlo los hombres antiguos; es cosa moderna. Y es cosa moderna porque el trabajo tiene hoy un concepto que no tenía en los siglos anteriores. Cosa moderna es el que un escritor, en su senectud, después de haber trabajado cuarenta años, se vaya a un taller de carpintería, no sólo para aprender gracioso y expresivo vocabulario — que esto es lo antiguo —, sino para encontrar en el trabajo manual y en quienes lo practican una lección de vida y una visión de la nueva civilización humana. Vayamos, pues, a un taller; escojamos un taller de carpintería. Si estuviéramos en una vieja ciudad española, el silencio profundo, en la callejita, cortado de hora en hora por la campana del reloj de la catedral, daría a nuestra charla con el carpintero un gusto que en la gran capital no va a tener. Pero elijamos un barrio extremo; nos haremos la ilusión de que nos hallamos en Zamora, en Palencia, en Burgos. Ya dentro del taller, la amena charla de Víctor—es un nombre supuesto—nos desquitará de las otras ventajas.



En el Matadero

Madera de *Laporte*

Víctor ha trabajado en Francia y en Bélgica durante la gran guerra; es un hombre franco y bondadoso; lee y ama el campo; gusta del trabajo y tiene la pasión de lo perfecto. Cuando hace, por ejemplo, una silla, aunque sea de pino, pone en su labor tanto afán, tanto fervor, tanta meticulosidad, que más no podría poner en su obra un gran artista del pincel o de los cinceles. El taller, en estos días del verano, se halla sumido en fresca y grata penumbra. Chirría la garlopa, que va y viene por el ancho madero; golpetea el mazo sobre el formón, rítmica e incansablemente; resuella el berbiquí al abrir un horado en el pino, la caoba, el castaño. Y todas estas maderas exhalan un penetrante olor, que se nos pega a la ropa y nos acompaña durante varios días. Resumiré en términos periodísticos la larga conversación mantenida con Víctor; lo que él ha dicho entre expresiones plásticas, con giros pintorescos, yo lo diré directa y bruscamente; pero en mi relato no habrá nada que sea infidencia para el buen carpintero.

—¿Cómo ve usted, Víctor—le he preguntado—, la situación de España? ¿Cómo juzga usted la República?

Víctor, que se había echado hacia adelante, empujando la garlopa, se yergue, calla durante un breve momento y dice al cabo:

—Principiemos por el principio. Y el principio es la pasada intentona. Sabe usted que yo he trabajo durante la guerra en Francia. Siempre veía que días antes de que los alemanes se lanzaran a una ofensiva, se había realizado otra ofensiva de carácter moral. Como prólogo de la acometida de las armas, era indispensable el que los ánimos del enemigo estuvieran trabajados. No se sabía ni de dónde salían ni quién los ponía en circulación; pero el hecho es que los rumores alarmantes, desalentadores, comenzaban a circular. Si los ánimos de los civiles habían estado antes un tanto firmes, ahora, con estos rumores misteriosos, sufrían un inesperado decaimiento. La fortaleza de la población civil cedía. Lo que antes, unos días antes, era confianza, ahora era desaliento. El enemigo, por mil artes clandestinas, valiéndose de espías y de gentes extrañas, realizaba una operación que había de tener su complemento en la ofensiva que poco después se iniciaba. El plan ha sido seguido por los enemigos del régimen en España. La lección de la guerra europea ha sido, en este punto, bien aprovechada. Usted ya sabe cómo se ha procurado, lenta, pertinaz y arteramente, hacer que se creyera que lo que no existía, existía. Hacer que lo que no era tuviera apariencias de realidad. Dice un refrán antiguo: "No digo que te vayas, más facerte he las obras". No digo, República, que te vayas: en primer término, porque no me dejarían que te lo dijera; luego, porque no tengo fuerzas para echarte. Pero facerte he las obras; pero yo, que no diré con palabras que te vayas, haré con acciones lo posible por enrarecerte el ambiente; haré lo posible por crear un ambiente ficticio que permita la mayor suma de eficacia a la loca ofensiva que voy a desencadenar después. Y ya sabe usted también cómo se ha procurado crear ese ambiente. El procedimiento es análogo al empleado en la gran guerra. Un detalle sin importancia se lo generaliza; un hecho que sólo tiene una significación limitada se lo agranda. Si en un Ayuntamiento de pueblo triunfan los enemigos del régimen, a ese triunfo, que no es nada en una nación de veinticinco millones de habitantes, se le presta una magnitud análoga a la que tendría en una reducidísima población, no de millones de habitantes, sino de unos centenares. Y a la continua, un día y otro, se ponen ante la vista del ciudadano, en primer plano, detalles y accidentes que, en vez de estar entramados en la urdimbre de la totalidad de la vida nacional, parecen, vistos así, que la dominan y la rigen. No digo, República, que te vayas; mas hacerte he la vida imposible. Y como sé que el ambiente, si es ficticio al principio, puede con su perduración acabar por ser verdadero, los enemigos de la República haremos todo cuanto podamos porque ese ambiente vaya espesándose y fortaleciéndose. "Estamos en pie de guerra" —ha dicho nuestro gran presidente del Consejo. Pues en la pasada guerra no triunfaron los aliados hasta que se decidieron a que terminasen, con energía, con inexorabilidad, las ofensivas morales. Estamos, sí, en pie de guerra; pero no crean los republicanos que ese estado es transitorio y efímero. Por desgracia, puesto que odiamos la violencia, para salvar la República se necesitará estar en pie de guerra muchos años.

Ha habido un largo silencio; chirriaba la garlopa; con afán aspirábamos el olor sano de la madera. Al cabo le he preguntado a Víctor:

—Bien; ésa es la primera parte del problema. ¿Y la segunda?

—En dos palabras—ha contestado Víctor—despacharé la segunda. Y digo lo siguiente: el actual no es meramente un pleito entre republicanos y monárquicos. Elevemos la cuestión; es algo más el problema presente. Elevemos la cuestión para huir de personalismos. Si personalizáramos, empequeñeceríamos el problema. El actual es un pleito entre hombres que trabajan y los demás. Digo vagamente "los demás" porque todo lo que

cae fuera del trabajo es cosa distinta de nuestra manera de ver la civilización. Porque, en realidad, de lo que se trata es de la pugna entre dos civilizaciones. Una, la vieja, que ha perdido su fuerza, y otra, la nueva, que posee todas las vitalidades de lo que no está gastado. ¿Ve usted un obrero que en su taller está trabajando la madera, el hierro o la piedra? Su trabajo es toda su vida. Labora con afán; lee en los ratos que tiene libres; procura enterarse de las cosas; obedece, sin vacilaciones ni titubeos, las órdenes de un partido. El obrero que se halla en su taller tiene su equivalencia en el investigador científico que se encuentra en su laboratorio, o en el artista que está en su biblioteca. La Constitución española dice que "España es una República de trabajadores". La frase es expresión de un ideal; la frase es la manifestación más auténtica de la nueva civilización. Note usted que a seguida de decir la Constitución que España es una República de trabajadores, añade: "de toda clase". El detalle es curioso; tiene un alto valor psicológico. Dentro de cincuenta años no se comprenderá ese matiz. Matiz que es una concesión que lo nuevo—el nuevo concepto del trabajo—hace a lo antiguo. O bien, si usted lo prefiere, una imposición de lo viejo sobre lo nuevo. Porque lo nuevo consiste en considerar el trabajo en sí, sin distingos, sin reservas; distingos y reservas que llevan implícitas, escondidas, sin que se pueda remediar, un sabor de nobleza, un regusto de la antigua prevención contra el trabajo manual. No hay, en realidad, distingos en la función del trabajador. Garlopa, probeta o pluma, todo lleva consigo un fervor y un afán que ennoblece el trabajo, sea el que sea. La lucha actual es entre una civilización que ya ha dado todo lo que tenía que dar y otra vigorosa y flamante. Calcule usted si la labor que se extiende ante la República será dilatada y si las resistencias que la República ha de encontrar serán formidables. Dos modalidades de civilización no aparecen en la historia, bien delimitadas, con un corte perfecto. Hay trozos y residuos de la vieja civilización dentro de la República, y había fragmentos de la nueva dentro de la Monarquía. Por eso la lucha de los hombres que están al frente del Gobierno es más ardua y penosa. Esos hombres acaso no se den cuenta de toda su trascendencia en la historia de España. No todo el que se llama cristiano lo es por el hecho de llamárselo. No todo el que profesa las ideas republicanas tiene la sensibilidad republicana. Y en esa discriminación, sutil y delicada, de lo antiguo y lo nuevo, viven horas históricas los gobernantes de la República. Vista así la cuestión, nos daremos cuenta de los peligros de que está cercado el nuevo régimen.

Golpeteo del mazo. Víctor calla. Luego exclama:

—¡Trabajadores; no hay más que trabajadores! Y vencerá la civilización de los trabajadores.

Azorín

REPASO

Revista de libros

= *Envío del autor* =

AMERICA HISPANA, por Waldo Frank (1).

Nuevo libro sobre América. Nueva mirada. Sólo miradas recibe América. Unas veces sanas. Otras veces malintencionadas. Hoy es Paul Morand. Mañana Kerserling. Una vez resulta **Air Indien**, y muchas se ríen. Otra vez resulta **Süd-Amerikanische Meditationen**, y todos escuchan.

Sólo América, la América Latina, sabe tranquila recibir todo género de cabalas y conjeturas; esperanzas y decepciones, de ese extranjero que a ella llega, más ansioso de tema libresco, que de intenciones loables. De ese extranjero, que en el caso que nos ocupa, se exceptúa en la regla, y llamándose Waldo Frank, nos entrega su retrato y perspectiva de América.

En el libro de Frank, lo más interesante sin duda, es el dibujo. Es decir; Frank no se ha decidido a retratar y a marcar una perspectiva, sino que en la línea, en el dibujo de su retrato, ha sabido implícitamente acusar, lo que muy remachado, hubiera devenido abrumador. Waldo Frank, no dice insistente: América es esto, y debe ser esto. Sino que por el contrario, el autor de España Virgen, sabe en su cariño hacia América, acusar precisamente, una falta de cariño en el americano, hacia lo que—siempre teniendo en cuenta la verdad unamunesca, de que originalidad no es el hallazgo de lo original, sino de lo originario—la hará ser.

Waldo Frank en su nuevo libro—nuevo para el lector de habla española—lanza a América, sólo dos preguntas: ¿cuál es tu originalidad? ¿Dónde su elemento originario? Y lanza semejantes dudas al pueblo americano, no desconfiado, convencido de su no existencia, sino persuadido por el contrario, de la realidad de esa originalidad y de ese elemento originario. Porque Waldo Frank, sin palabras que resuman tópicos, sin vocablos groseros, un tanto de mitin, le advierte calladamente al americano, que el español, no venció al indígena, puesto que el español en su llegada a América, se entregó a la mujer americana. No como conquistador, sino como amante. No avasallando, sino queriendo y dejándose querer.

Y pregunta insistente: ¿cuál es vuestra originalidad? ¿Cuál vuestro elemento originario?

Porque Waldo Frank, la vislumbra y apunta por completo en su interesante libro. Ya que, bosquejando la manera en que el español y la mujer indígena se unieron, asegura y da carácter a una raza. No a una raza llena de "confusionismo", como alguien la ha podido creer, al temer que así fuese, sino a una raza, probablemente sin contornos, sin límites aún, pero no por eso sin realidad, sin patente desarrollo e iniciación.

Y esa raza, parece decir, esa raza, cuyos orígenes tan detalladamente estudia, es vuestra originalidad exclusiva. Y el elemento racial, autóctono, vuestro elemento originario.

Mas antes, al advertir que la unión española-incaica, no puede considerarse como una mezcla, sino como auténtica combinación, tiene buen cuidado en apuntar que la unión se efectúa dentro de un plano amoroso, pasional.

Y sin decirlo, sin recalcarlo, Waldo Frank, inicia una batalla contra la literatura "típica", contra esa literatura típica, que cree una creación lo que sólo es un anotar lo contemplado. Contra ese falso arte americano, que no comprende el significado de la unión indo-española, que no comprende que el arte americano, por encontrar fuentes, orígenes, en personas que se componen de una fusión amorosa, tiene que descubrir en su entraña, sensualidad, tristeza, y por otro lado, sencillez, que no floripondiosa retórica.

Sensualidad, tristeza y sencillez, esto deduce el buen lector, del libro de Waldo Frank, como elementos distintivos de la literatura americana. Y esto deplora el observador, ante este mismo libro, en la mayor parte de la literatura americana actual: una ausencia de estos tres elementos. Pero Waldo Frank, no escribe para hoy, sino para ese mañana, para esa juventud de América, que sabrá recoger los implícitos consejos de su libro, que si en una objeción a la composición racial de América, descubre para el arte, necesariamente, dos elementos imprescindibles: el sensualismo y lo triste. Es dedicado por otro lado, a Mariátegui, quien no hay que olvidar, que contra toda la corriente americana, falsamente artística, recogiéndola en el caso Chocano, afirmó que "lo indígena, lo incaico, es fundamentalmente sobrio. El arte del indio, es la antítesis, la contradicción del arte de Chocano. El indio esquematiza, estiliza las cosas con un sintetismo y un primitivismo hieráticos".

Y por ello, asignamos un valor al libro de Frank, más que por lo que dice, por lo que quiere decir. Más que por lo que logra, por lo que bosqueja. Más que por sus palabras, por una intención oculta, si transparente, que no cesa de preguntar: ¿y vuestra originalidad? ¿Y vuestro elemento originario?"

Para responder, sin necesidad de palabras y de letras: en vuestra raza, en vosotros. No os escapéis de vuestro propio origen. Lo tenéis en vosotros, en lo que pisáis, en lo que respiráis. ¡No buscarlo! Sentirlo.

No habléis, ni presentéis siempre América al mundo. ¡Conquistarla!

Enrique Azcoaga

Madrid, 23—X—32.

(1) Traducción de León Falipe. ESPASA-CALPE, S. A, Madrid.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.25 (El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Recuerdo de Anatole France

= De *El Sol*. Madrid =



Anatole France
Por *Antoine Bourdelle*

Recuerdo que cuando Anatole France cumplió los ochenta años de su vivir, un diario parisién—"Paris Soir"—recogió las voces más preclaras de los trabajadores de la pluma en torno a su figura gloriosa y venerable. Abundancia de elogios y ditirambos. "Es demasiado" —comentó el festejado, con esa viva suavidad que él sabía poner en el tono mesurado de sus palabras y de sus actos—. Dos años antes había lanzado su libro postrero, fresco y donoso como los anteriores: "La vida en flor". Cuando cumplió los setenta y cinco, aquel otro cuaderno de impresiones lejanas que llamó "Le petite Pierre". Adosemos a la pareja de volúmenes evocativos "El libro de mi amigo" y "Pedro Nociere" para tener inventariado sus recuerdos infantiles: finos, delicados, inmarcesibles.

Porque la obra de Anatole France es la obra depurada del genio galo. Clara de pensamiento, sencilla de indumento. Irónica. Un luminoso y apacible remanso de tranquilo epicureísmo, acotado por alambradas de mente aguda y sentimiento sonriente. Los discípulos de Pirron encuentran en ella su manjar exquisito: la frase limpia con la precisa palabra justa, el pensamiento en sutilidad, la erudición selecta, matizada la belleza, el dulce orden, la ecuanimidad, la mesura, la corrección. Y, sobre todo, la inquietud espiritual y la ironía. Ni alecciona ni conturba: simplemente invita a reposarse en la corriente turbia del vivir.

Rezuma la obra de France un agridulce escepticismo y una ironía clemente, piadosa y melancólica. Ha llegado a esta desolada conclusión el autor de "Crainquebille": "la vida es una farsa, necia y cruel, y a medida que los hombres se creen posesionados de un papel más trascendental resultan más pedantescos, farsantes y odiosos". Se ha sonreído Anatole France de todo. Pero no con la risa detonante y sardónica de Rabelais, ni con la ingenua hilaridad cervantina, ni con la sañuda intención acerada de Eca de Queirós, ni con la carcajada satánica de Voltaire, ni con la irritación judaica de Enrique Heine, ni con la mueca desesperada de Larra. Se ha sonreído. Se ha sonreído con una sutil fruición galante y pulcra, tierna y saudosa. Derramando una lágrima de amor y esperanza. Amor para los humildes, para los vencidos en la vida, para los niños, para los románticos borrachos de ideal, para las mujeres con el corazón desgraciado. Esperanza en un futuro más lleno de promesas de paz, de justicia, de belleza y de amor.

¡Pedrín Nociere! Nació en el propio corazón de París: en la orilla izquierda del Sena, en una casa próxima al muelle Malaquais, el río por medio de las Tullerías, el Louvre y el palacio Mazarino, "región de elegancia y de gloria", con sus tristes muelles, grisáceos y polvorientos, donde los libreros colocaban sus tiendecillas de estampas y libros viejos, "el sitio más hermoso del mundo".

Comenzó a latir su corazoncito bajo el auspicio de dos constelaciones que ya se apagaban: Chateaubriand y Beranguer. Corrían los años de la revolución del 48. Es derrocado Luis Felipe por la frágil república democrática fácilmente suplantada por Luis Napoleón Bonaparte, "el loro melancólico". De la rugosa mano suave de su anciana niñera Melania pasea el pequeño Pedro Nociere por el muelle Malaquais, "en el cual reinaba una placidez absoluta, una familiaridad entre los seres y las cosas, una gracia profunda que ya no existe". Otros días, en el Jardín de Aclimatación, triste y abandonado, donde se diluyen sus juegos y sus ensueños de gloria.

Pedrín es hijo único. Niño mimado y consentido, hace vida recogida en aquel hogar donde su madre—sensibilidad y delicadeza de azucena—descubría, con su olfato finísimo, el lugar donde había retozado su hijo. Su padre, el doctor Nociere, preocupado con sus colecciones etnológicas, apenas repara en el niño rubio y ensoñador. Allí conoce todas las personas que han dejado una estela de melancolía en su tierna imaginación: su madrina Marcela, "con sus ojos de oro, que había nacido para agradar y para querer"; su padrino Marc Robert, de barba mefistofélica y oscuras paradojas; la princesa María Bargontión; Belarguet, el casero pulcro y amable; el señor Morin, que había salvado del furor de la plebe al conde de París el 24 de febrero del 1848; el tío Jacinto, jaranero incorregible; la dulce y romántica institutriz señorita Merelle; el joven republicano Bara, épico e inmortal; la cocinera Radegunda, crédula y zafia como Tomás el apóstol; el señor Devas, vendedor de libros viejos y moralizador empedernido, nuevo Simón de Mantua; Alicia; Fontanet, su entrañable compañero Fontanet... Recuerdos familiares; vagas y sedeñas imágenes remotas, nítidamente reflejadas en esos volúmenes de una literatura todavía con la pátina del romanticismo y de la ilusión.

Acaso lo más atrayente de este pasado inmarcesible fueron las aventuras escolares de Pedrín Nociere, Camina, bajo las doradas hojas del jardín del Luxemburgo, las manos en los bolsillos y la cartera a la espalda. Se dirige a aquel colegio, "algo monacal y poco renombrado". Los viejos profesores no le comprenden. El trabaja poco por la gloria; pero trabaja mucho porque le divertía. Pocas veces figuró en el cuadro de honor. Se distraía persiguiendo su imaginación a los personajes de Tito Livio y Horacio. Quedaba con frecuencia ensimismado. Llegó un día que pudo comprender el espíritu griego, y entonces se le reveló en su magnífica sencillez la Belleza. Se apartaba de los juegos de los compañeros para recluírse en su ensoñación, que le oprimía y embobaba. Saboreó otros ratos con delicia a Sófocles y a Virgilio. El trato con los clásicos le dieron esa nobleza, esa elegancia, esa distinción, que fueron las notas que ornaron su vida y sus escritos. Y los clásicos le regalaron su prosa fácil, clara, breve, precisa, jugosa, humana.

Ya no leemos a Anatole France. Pasó al desdén y al olvido. La generación francesa ni le estima ni le respeta. En España también se alzaron coces contra su excesiva madurez. Elegías hostiles. Ahora corren otros vientos. Pero combatiendo su ideología corrosiva y su desolado escepticismo, quedémonos con estas palabras de Barrés: "¡Todo lo que se quiera!; pero, desde luego, Anatole France ha mantenido la lengua francesa". Y el estilo, y el gusto, y el espíritu francés, añade otro hostilizante a sus ideas: Charles Maurras.

Hermoso, patético y sublime será el combate del huracán con las olas encrespadas sobre la ingente nave acorazada o sobre el bravo acantilado de rocas titánicas; pero yo prefiero la suavidad rizosa del lago azul y bruñido de sol, surcado por las blancas velas inmóviles de las barcas pesqueras. Mozart al teutón Wagner. Muset a Hugo. Mi norma estética es un anciano jardín romántico en el ocaso, dorado por el otoño, olvidado y saudoso... Y mientras así sea, tú serás, dulce Anatole France, la sombra de chopal rumorosa bajo la que observará mi vida limpia claridad de emoción inútil.

Francisco Valdés

Imprenta LA TRIBUNA